

¿Por qué trabajamos? No es obvio. Sin un enorme proceso de sometimiento físico e intelectual, represivo y discursivo, a la razón económica, difícil sería aceptar algo que, en su raíz misma es tripalium: tortura.

Pero este proceso de imposición y de convencimiento hacia la aceptada servidumbre a las leyes de la Economía –con todo un haber de resistencia en su contra cuya historia la mencionada razón económica oculta por infame– se ha dado, y hoy, para sobrevivir, necesitamos el dinero que sólo el trabajo, aunque sea en su forma de paro, nos procura.

Otra cosa sería preguntarnos por esta supervivencia. Si vale la pena; a qué precio la alcanzamos; y si no sería más grata la lucha en su contra que por su mantenimiento; repartiéndonos entre nosotros mismos una actividad necesaria para alcanzar los fines propuestos; instaurando el don en lugar del cambio y la gratuidad en lugar del beneficio.

Interrogación no tan lejana, que vuelve a menudo en nuestro discurrir solitario y cuando intercambiamos con otros, en espacios que puntualmente colectivamente nos apropiamos. De ambos momentos hablamos en este número de ETCÉTERA: A partir de una discusión nuestra contra el TRABAJO, y sobre algunas palabras desatadas por el movimiento social de diciembre en Francia.

Etcétera, Barcelona, julio 1996

La crítica al trabajo hoy

En el año 85 ya estuvimos dándole vueltas a los cambios sufridos desde mediados de los setenta en el mundo del trabajo. En ese momento, nuestra preocupación era intentar vislumbrar cómo la incorporación de las nuevas tecnologías en los procesos productivos iban transformando las condiciones de trabajo, así como la composición de la mano de obra, su dispersión y la atomización y disgregación social que comportaba (ver ETCÉTERA n. 5). Más tarde (ETCÉTERA n. 18), seguimos tratando del tema (fordismo disperso).

Aunque seguimos considerando básicamente válido el encuadre teórico en el que nos movíamos, en este momento vemos reafirmarse un elemento, que en aquel entonces no sopesamos suficientemente. Se trata de la tendencia al alza que, a nivel europeo, parece afectar a los índices de paro existentes, así como a la extensión de la precarización en el trabajo.

Pero no es nuestra intención en este momento volver sobre el asunto para analizar las nuevas tendencias de producción aplicadas por el capital, ni si éstas pueden modificarse en uno u otro sentido. Tampoco vamos a fijarnos ahora en cuales son los problemas con los que se encuentran los agentes sociales y su manera de actuar (entiéndase sindicatos, partidos, confederaciones empresariales, comisiones nacionales o multinacionales). Asimismo, no nos entretendremos tampoco en ver las distintas soluciones propuestas ni de un lado, ni del otro (distintas recetas neoliberales, neokeynesianas, etc., que afectan a las condiciones de trabajo, las distintas formas de eliminación o mantenimiento de los niveles del Estado del Bienestar, etc.). De todo esto ya venimos hablando o hablaremos en otras ocasiones.

Esta vez, lo que nos mueve a la reflexión es el deseo de intentar situar, en este momento de fuertes controversias en torno a los problemas sociales creados por el paro, los cambios sufridos por la cultura del trabajo, los discursos en los que ahora se apoya, y ver qué sigue siendo para nosotros y si es pertinente o no su crítica, y, como siempre, si es posible alguna forma de intervención que rompa el inmovilismo que nos produce el encierro en la castradora dicotomía trabajo-paro en que nos encontramos.

De castigo divino a bien, y ahora, además, escaso.

Si en algo se nos hace patente la dificultad de articulación de un pensamiento crítico en el entorno que nos envuelve, es precisamente en la incapacidad que tenemos para contraatacar los antiguos y nuevos contenidos ideológicos que produce y reproduce la persistente cultura del trabajo. La gran demanda de puestos de trabajo asalariados, potenciada hoy por la existencia de un gran número de parados fruto de la expulsión de muchos trabajadores de las plantillas de las empresas, amen de otras muchas consecuencias, como el empeoramiento de las condiciones de explotación y la bajada del nivel de vida (consumo) para la gran mayoría, ha contribuido al desarrollo de nuevos discursos reforzadores de esta cultura: «Hay que trabajar más y mejor para salir de la crisis», «sin trabajo no hay futuro», «el paro es la causa de todos los males sociales»... Y, esto en un entorno, este país, en el que lo que cabe esperar, dada su estructura económica, es que aún crezca más la ya altísima tasa de población que se monta la vida sin contar con una actividad asalariada fija.

Apelando al ineludible esfuerzo que requiere la satisfacción de las necesidades humanas y suprimiéndose, por impertinente en este momento, la denuncia de los aspectos nocivos que conlleva la realización de la mayoría del trabajo sometido, se vislumbra un cambio de valores que parece alejarse de *la idea del trabajo como un castigo que pesa sobre la humanidad para resaltar, en su escasez, su aspecto de «bien», difícil de conseguir y conservar y del que se sienten privados los que no lo tienen.*

Eso no quiere decir que el hecho de trabajar se haya convertido en un placer gracias a reconversiones psicológicas que nos hagan insensibles a los madrugones, disgustos, sudores y rutinas propios de la mayoría de los empleos. Todavía se dan muchas formas de rechazo y resistencia en jóvenes y no tan jóvenes (absentismo, escaqueo, etc.), que no hay que olvidar. Pero lo que observamos que prevalece por encima de todo es la constatación de que ahora ya no hay posibilidad de vida alguna fuera del mercado y sólo mediante su inserción en él (cadena productiva y mercado de consumo) el ser humano se siente justificado y valorizado y, por lo tanto, en regla y en orden. El miedo al paro, por eso, muchas veces, va más allá de la forzosa necesidad de conseguir dinero para vivir.

El trabajo para el mercado, ya sea en su forma asalariada, ya sea en las nuevas formas artesanales de autoempleo más o menos sofisticadas, etc., es para la mayoría de la gente la única opción de vida válida, no sólo como medio para acceder al consumo, sino y sobre todo para darle un sentido a su vivir. El resto de actividades, ya sean de carácter forzoso como las referidas a la reproducción (en manos femeninas principalmente) como de carácter voluntario (actividades no lucrativas de tipo, cultural, político etc.) siguen arrastrando un marcado carácter de marginalidad propio para perdedores.

Es lógico pues que cunda el pánico ante la cada vez mayor imposibilidad de restablecimiento de una situación de pleno empleo (como la que hubo en el corto periodo aproximado 1960-1975) y que sucumbamos ante las imperiosas llamadas de empresarios, políticos, economistas, sociólogos, etc., que nos conminan a aceptar draconianas condiciones de trabajo, permanentes e inútiles esfuerzos formativos, restricciones en el consumo, vergonzantes subsidios de paro, etc., a fin de generar las condiciones óptimas para el, por todos, ansiado «despegue del capital», único suministrador de ese bien que es el puesto de trabajo.

¿Cómo hemos llegado aquí?

«Ganarás el pan con el sudor de tu frente», «el trabajo dignifica», «el trabajo te hará libre», etc., son consignas que han servido para golpear la resistencia al trabajo, al esfuerzo físico sometido a voluntades ajenas, y para confundir la rutinaria actividad generada por la lógica de la acumulación de capital con la actividad imprescindible para vivir.

Veamos ahora como se produce el tránsito que va de la obligación a la persuasión:

- Contra el **castigo** bíblico que vincula el mantenimiento de la vida con el esfuerzo del trabajo, estaba justificada la resistencia. Todo aquel que podía, lo evitaba más allá de lo estrictamente necesario. Era propio de esclavos, siervos, mujeres, artesanos, etc. En definitiva, indigno para el hombre libre e impuesto para los demás.

- Fue el calvinismo, en los albores del capitalismo, el que dio un giro. Revalorizándolo y cargándolo de **dignidad** lo convirtió en obligación moral, fuente de riqueza y prestigio personal. Sin embargo, el trabajo, para la mayoría, pasó a ser una tarea aún más penosa, que sólo fue aceptada cuando las condiciones de miserabilización social creadas por el nuevo orden impusieron la necesidad de ese mínimo salario para subsistir.

- La sociedad de consumo que se extendió con el fordismo, además, convirtió el trabajo en **atractivo**. A partir de ese momento al esfuerzo añadido se premiaba con la posibilidad de acceder «libremente» a los productos que proliferan en el mercado.

Así pues, la ideología sobre la que se ha ido construyendo la cultura del trabajo ha ido modificándose a lo largo de los siglos, desde la época clásica hasta nuestros días, dando forma y nutriéndose a la vez, en cada momento, de los distintos modos de dominación. Ha ido pasando de un modelo a otro adaptándose a las necesidades productivas, ya sea en uno de coerción absoluta como es el esclavismo, ya sea en el capitalista, de liberación de la mano de obra, donde el discurso sobre lo beneficioso del trabajo pasa a ser central y básico.

Y a través de ese largo recorrido histórico, lleno también, indudablemente, de forcejeos, resistencias, expulsiones, represiones y sermones, y a base de ir reconduciendo la actividad humana en asalariada, se ha logrado implantar la centralidad del trabajo sometido en casi todos los asuntos que nos conciernen.

La centralidad del trabajo en la vida social no tiene su justificación únicamente en el hecho de la necesidad de producción de bienes y servicios útiles para la subsistencia material de toda forma de organización social. Es casi más importante la eficacia que en su transmisión ideológica demuestra a efectos de la reproducción social. La ideología sobre el trabajo en su proceso de interiorización implanta unos comportamientos, valores y una forma de percibir e interpretar la realidad que se hacen extensivos más allá del espacio físico y temporal donde se desarrolla la actividad productiva. Por eso, y amen de otros efectos sobre la sumisión, no es de extrañar que este ser humano «activo» nunca, como ahora, se haya sentido tan abocado a un frenesí de comportamientos dirigidos a la consecución de fines productivos y «eficaces» (incluso cuando se divierte) hasta llegar a una total confusión entre trabajo para la producción social y actividad para sí. Nos estamos refiriendo a todas esas mujeres, hombres y niños que hemos conseguido interiorizar las erróneas equivalencias entre satisfacción de las necesidades y nivel de consumo, placer en el conocimiento y niveles de estudios, autoestima y reconocimiento social, etc.

Por otro lado, del mismo modo que la centralidad del trabajo ha conformado todo el ámbito social, en esa misma centralidad se ha basado la aspiración de transformación radical de la misma. O sea, tanto el comunismo como el anarquismo han partido en su formulación revolucionaria de una sociedad que tiene en el trabajo la vertebración de todas sus estructuras y que cambiaría éstas cambiando las relaciones de producción.

Por eso todavía se arrastran en las formaciones de izquierda muchas reticencias a la hora de reclamar rentas sociales no condicionadas (o sea, sin relación con la historia laboral o los niveles de miseria de quien las perciba) y se prefiere insistir inútilmente en reclamaciones de incremento de puestos de trabajo. Y decimos inútilmente porque no tiene ningún sentido suplicar que se utilice tu capacidad productiva a un sistema que sólo ve en ti una fuente de plus valía que lamenta no poder aprovechar.

Cierto que esta no es la primera época histórica en la que escasea el trabajo, anteriores crisis del capital ya habían sumido en la miseria a gran número de personas. Pero ahora sabemos que el paro actual es estructural y que, no sólo va a crecer en el futuro inmediato, sino que no hay vuelta atrás en la moderna forma de organización productiva tendente a aplicaciones tecnológicas que expulsan de los centros de trabajo al máximo número posible de personas. No se vislumbra, por otra parte, ninguna revolución técnica que permita ocupar en nuevos sectores tanta población en edad activa. Al aumento de la población, además, se añade que es de esperar que crezca la tendencia de las mujeres «amas de casa» a mutar su clasificación estadística de inactivas por la de activas, aunque estén en el paro.

Esto, junto a la interiorización que hemos hecho de la imperiosa necesidad que dice tener la patronal de abaratamiento de la mano de obra, explica la angustia con que nos enfrentamos a la desvinculación de la máquina productiva que, además de dinero, llena de sentido nuestra vida. Así, difícilmente, podremos hacer frente a los gestores del capital actual para evitar que desarrollen las medidas que van preparando tendentes únicamente a su supervivencia.

La crítica del trabajo hoy

Visto este panorama, no es de extrañar la ausencia de crítica al trabajo que hoy existe. Cuesta criticar aquello que se ve como escaso y más si se sigue considerando básico para el bienestar social. Todo lo más que cabe desde esa perspectiva es el reparto de ese bien para que alcance al mayor número de personas y pedir que sigan inventando tareas, aunque sean inútiles e improductivas, susceptibles de ser asalariadas. Las propuestas de reparto del trabajo, que no tienen nada que ver con la aspiración lógica de recortes de las jornadas laborales, van en esa línea. Nada somos sin trabajo ya que sólo somos trabajadores y no entendemos otra manera de tener derecho a la vida (consumo) sin esta vinculación.

Así sólo se observa perplejidad y confusión cuando traemos a la memoria la clara crítica lanzada, en su momento, por algunos sectores de la clase obrera que querían el fin del trabajo asalariado, yendo, incluso más allá, de la clásica aspiración al control de los centros productivos que, por otro lado, ya ha demostrado sobradamente su inutilidad para conseguir la liberación del trabajador, incluso en su versión moderna del autoempleo.

La dificultad de la crítica al trabajo hoy pasa por una encrucijada difícil de transitar:

- En primer lugar hay que tener en cuenta **la enorme metamorfosis sufrida en el mundo productivo** y en la estructuración de la moderna organización social, con sus distintos modos de inserción que crea diferentes condiciones de trabajo y, por lo tanto, distinta manera de sentir el sometimiento.

Vale la pena pararse un poco en esto para observar lo que está pasando en un país como este donde, aunque se diga lo contrario, actualmente no existe ningún límite a la hora de pactar todo tipo de jornadas laborales, actividades, salarios, etc...

- Por un lado, en los cada día más escasos centros de trabajo que aún se dedican a la producción, podemos encontrar desde el trabajador especializado adscrito a las nuevas formas de organización, que se siente implicado en su tarea, confirmando la eficacia de las nuevas tendencias de gestión de recursos humanos que exigen de ellos una complicidad individualizada de aparente desalienación y autonomía gestora (mucho más eficaz en este momento de desarrollo capitalista que la tradicional división del trabajo generadora de actividades monótonas e incomprensibles). Hasta las miles de personas que se ganan la vida haciendo los trabajos más repetitivos que puedan imaginarse en la economía sumergida y que también, aunque se oculta deliberadamente, forman parte de las nuevas formas de gestión de los recursos humanos.

- Otra situación concreta es la del ingente número de funcionarios, con empleos hoy privilegiados, y por eso envidiados por lo que tiene de vitalicios y poco sometidos todavía a las presiones de eficacia de la modernidad. Aún con capacidad negociadora frente a una Administración que necesita apoyarse en esta burocracia, estos trabajadores hallan así la estabilidad suficiente para, o bien desarrollar sus trabajos repetitivos sin demasiadas presiones en caso del personal poco cualificado, o dar rienda suelta a sus anhelos profesionales como es el caso del personal que ocupa puestos de cierta responsabilidad o de carácter intelectual, artístico, cultural, etc...

- Se abre también, en el sálvese quien pueda, todo un abanico de puestos de trabajo en empresas de servicios, con trabajadores en plantilla o autónomos fuertemente presionados por la situación económica y de mercado laboral que, angustiados por el miedo a quedarse sin trabajo, se venden y aceptan condiciones laborales en fuerte competencia con los demás.

- Y por último, a los ejércitos de servidores (principalmente servidoras en los niveles más bajos) que cobran por efectuar las tareas más variadas que puedan imaginarse dentro el área de lo que se denomina de la reproducción.

- En segundo lugar está el hecho, cada vez más marcado de **la monetización de la vida**. La reducción de todos los valores a uno sólo, el dinero. La medida por excelencia de todas las cosas. Más allá incluso de su uso para un consumo dirigido a la satisfacción de necesidades. La adquisición de dinero es un fin en si mismo que no tiene límites.

- También nos encontramos con **la cada vez mayor imposibilidad de desarrollar actividades fuera de la lógica de la productividad y del mercado**, con las que poder plantearse otras formas de vida (producción para el autoconsumo, el intercambio...).

Con este panorama es lógico que se extienda el sentimiento de impotencia y debilidad frente a la situación y que cual hierro ardiente nos agarremos a las soluciones propuestas por los reformistas de otros países europeos que, con mejores condiciones de bienestar social que las de aquí, proclamaban el reparto del trabajo. Pero en este país poco hay que repartir si tenemos en cuenta que es muy bajo el porcentaje de puestos de trabajo con niveles salariales adecuados y susceptibles de ser reducidos. La gran mayoría de personas se mal gana la vida, incluso cubriendo largas jornadas laborales y, sobre todo si tenemos en cuenta que quien más quien menos tiene que mantener a otras personas que se hallan sin ingresos.

De lo que se trata pues es de romper esta referencia, de negar esta lógica, de exigir un espacio fuera de este control. De seguir afirmando que el trabajo es y ha sido siempre una actividad impuesta que poco tiene que ver con los intereses del propio trabajador. Que la actividad alienada de unos sólo la rentabiliza quien la planifica y quien la dictamina. Que sólo ha cambiado el discurso que la justifica.

Queda pues únicamente la resistencia que se expresa como siempre en: vender cara la fuerza de trabajo, luchar por reducciones de jornada, exigir la gratuidad de los bienes y servicios, sabotear los proyectos más nocivos, etc., y, sobre todo, la lucha por el reparto de la riqueza social.

Y esto sólo se puede conseguir peleando, imponiéndose, rompiendo el discurso, bloqueando el diálogo mediante la exigencia de rentas garantizadas en este momento de fuertes recortes de los gastos sociales. Aprovechando el momento de ajuste de la estructura social para hacerse oír.

Aunque el trabajo escasee, la vida sigue, y no hay vida posible sin dinero

El capital es consciente de que para el mantenimiento de la paz social, debe mantener un cierto «estado de bienestar» en estos países del centro. Y que en este momento es preferible y más eficaz este gasto que el desarrollo exagerado de las medidas represivas (que también se aplican y también son costosas). Pero nos sigue queriendo sometidos, mendicantes de subsidios, caridades, limosnas condicionadas a determinados comportamientos. Angustiados e inútiles para nosotros mismos. En definitiva, trabajadores en paro.

A estas alturas, ya no sabemos qué somos: obreros, trabajadores, asalariados, parados. Ninguna de esas etiquetas nos sirve en un momento en que no vislumbramos ningún plan emancipatorio. Sólo sabemos que queremos vivir lo mejor posible y que para eso no se necesita ninguna justificación. Estamos encantados de que falten puestos de trabajo, de que la capacidad productiva del sistema «libere» nuestro tiempo hasta ahora sometido.

Pero queremos nuestra parte en el pastel y que nos dejen en paz.

Etcétera, abril 96

ATRAPADOS

«No se trata de liberar el trabajo sino de suprimirlo» Karl Marx.

Atrapados en la telaraña que teje el trabajo,
hilatura inmensa,
hilos tenues, flujos
que anudan redes multiformes
que nos envuelven cuando trabajamos
y aun en su ausencia.
Telaraña cautiva,
red versátil de difícil despegue,
que en cualquiera de sus formas más te enreda;
así el trabajo nos tiene:
atrapados por él y por su falta,
atrapados durante todo el recorrido:
en su búsqueda, en su tenencia y en su pérdida.

Empezó pronto: en su **búsqueda**
nuestras horas fueron suyas,
nuestros lugares, sus lugares,
nuestro andar guiado
por la sección de anuncios.
Incluso nuestros sueños fueron suyos,
prendidos ya en su telaraña.

Y siguió durante su **tenencia**:
Al marcar en un reloj odiado
la tarjeta sin nombre –sólo un número–
que nombraba las horas y los minutos,
y puntuaba la cadencia de una duración
que convertía en tiempo,
en tiempo de trabajo.
Al ejecutar unos gestos repetidos,
por otro dictados,
secuencia monótona de un hacer pervertido
que lleva a otro lugar lo por mi realizado,
objeto convertido en mercancía,
trabajo convertido en plusvalía.
Al sustraernos un tiempo y un espacio nuestros
donde podría haber otro decir, un decirnos
que liberara el deseo de otro hacer
y organizara una revuelta más allá del trabajo
y en su contra.

(Sin ella, sin tal revuelta, también **en su contra**
el trabajo nos tiene:
telaraña versátil que te enreda igual en su reverso,
pretendiendo podarlo más lo creces,
queriendo liberarlo más te tiene).

Y en su **pérdida**: En su falta nada somos,
fuera del trabajo estamos fuera,
fuera del tejido social que él teje.
En su ausencia descubrimos
que sólo somos tiempo de trabajo,
que fuera del trabajo

nuestro tiempo es injustificable:
tiempo ajeno, tiempo público,
expuesto a la mirada del otro.
Sólo trabajando se justifica el tiempo,
el de trabajo y el de, digamos, ocio,
ambos redimidos por el valor de cambio.

Convertidos ya en trabajadores,
nuestra libido, en fuerza de trabajo,
el deseo se separa del cuerpo:
queda postpuesto.
Conversión de vida en muerte a plazos,
que sólo el salario redime.
Trabajo asalariado
que en su red nos tiene cuando lo buscamos
y cuando lo tenemos,
y nos envuelve aun cuando lo perdemos;
¡maldito sea!
Maldito sea, aunque hoy y aquí
sólo en su red vivamos.

J. S. Barcelona, 1996

«Ellos eran la hormiga y yo la cigarra; mientras ellos contaban dólares, yo gastaba el tiempo contando las estrellas. Yo quería hacer un hombre de cada animal humano; ellos, más prácticos, harían un animal de cada hombre y se volverían pastores de rebaño. Yo, al contrario, prefiero ser un soñador a un hombre práctico».

R. Flores Magón - Prisión de Leaveworth/USA. 1920

¿Necesita dinero?

¿No? Entonces usted no entiende la extraña situación en que se encuentra el señor Y, que le absorbe. El señor Y, necesita dinero, no puede mantener la vida de su cuerpo sin una constante renovación de las materias que lo componen. Es necesario comer para asegurar esa revitalización. En parte, es esta circunstancia la que provoca su reacción en relación con el dinero, porque parece poseer un poder capaz de satisfacer sus carencias. Esta dependencia del dinero es la expresión, por un lado, del poder económico que se asienta en la propiedad del capital y tiene el poder de organizar el trabajo de otros, por otro lado, es la expresión de la incapacidad de ejercer el control corporal, de decidir sobre el empleo del propio tiempo, de la vida, y poder disfrutar libremente de todas las cosas disponibles. Entre esas cosas, los alimentos indispensables para la vida humana y cuya posesión se podría asegurar sin crear poder sobre los demás.

Mientras tanto... el poder del dinero fomenta toda clase de injusticias y es destructivo.

El señor Y necesita dinero e intentó entrar en la rueda. Se acordó de las palabras de sus amigos: «si necesitas ayuda, avisa». Pero, se dijo, son tan buenos que acabarán por ofrecer más de lo que pueden. Entonces, el señor Y decidió buscar trabajo, empleo, salario. Se inscribió en

la oficina de empleo y le hicieron esperar. «Tal vez de aquí a un año, –le dicen– tendrá que esperar atento a que le llamen». El estómago con el paso de los días no puede esperar. Se atreve a solicitar un subsidio de desempleo. «Usted no tiene derecho a subsidio», le contestan. La última vez que el señor Y estuvo empleado lo pusieron en la calle sin indemnización alguna y sin derecho al subsidio de paro.

El señor Y necesita dinero. Se especializa en la redacción de curriculums. Va de una empresa a otra. Las personas son amables con él pero lo despiden diciendo: «Vuelva por aquí en otra ocasión». ¡Ahora qué!, se dice el señor Y. Reiniciando la búsqueda.

Lee los anuncios de empleo. Se esmera en la redacción de los curriculums. Telefonea a los amigos con contactos en empresas. Se contrata durante unas semanas en una empresa de ventas. Sin salario base, sin manutención, sin conseguir vender la mercancía que se propone, sin dinero, el señor Y abandona la carrera de publicitario sin sueldo y contacta con Teixeira.

Teixeira le ofrece un contacto «seguro» –le afirma. El señor Y esperanzado y con ansiedad se dirige a la empresa recomendada por el amigo. Y, al fin, el señor Y comprende quien es el enemigo. «Me parece que fue Teixeira quien lo mandó aquí –le dicen– todos los días envía gente como usted».

Evidentemente el enemigo no es Teixeira, piensa el señor Y, el enemigo es el gobierno que me empuja a buscar trabajo. El enemigo es aquello que persigo: ¡el trabajo!

El trabajo, que como su nombre indica, es una tortura, y si comienza a faltar es un buen momento para suprimirlo.

Obligado a conseguir el dinero que necesita a través del sometimiento a la esclavitud asalariada, hace entrega total del uso de su propio tiempo a otro, el señor Y decide actuar y disponer de su vida. La búsqueda de trabajo le reveló que el trabajo se volvió una utopía imposible e indeseable.

Esa misma tarde, al abandonar su búsqueda, el señor Y encuentra a Reinaldo perdido y con unos vasos de más –Reinaldo anda buscando trabajo. El señor Y le cuenta la experiencia vivida y las conclusiones a las que llegó. «Pero mientras... quieres acabar con el trabajo –dice Reinaldo– de qué viviremos?».

Antiguamente, por ejemplo, cuando el hombre salía de caza para proveerse de alimentos, ¿iba a trabajar? ¡No! Se ponía en acción.

«Anda ya, ¿quieres volver a la edad de las cavernas?» De ningún modo. Escucha porqué las nuevas tecnologías tienen un lado bueno. Permiten reducir considerablemente el esfuerzo físico y pueden así eliminar las tareas más arduas. Pueden contribuir en la abolición del trabajo.

«El profesor Agostinho da Silva –recordó Reinaldo– estaba contra el trabajo».

Por tanto, optó por actuar como hacen los artistas, los enganchados de la informática que están horas con los ordenadores, los cocineros aficionados –yo conozco uno– que pasan el tiempo en los fogones con el propósito de deleitarnos con comidas apetitosas, los animadores de fiestas y los manifestantes que pasan horas divertidas, o bailando o lanzando eslogans. Agostinho da Silva, que mencionaste, pasaba horas escribiendo entre sus libros. Ninguno decide por ellos el empleo de su propio tiempo. Ellos no trabajan.

«Pues así es –respondió Reinaldo– ni nadie te obliga a hacer aquello que no sabes, ni aquello que no queremos. Lo que me ocurre, es que estoy desempleado. Fui a pedir trabajo y, como me agrada hacer cosas con las manos, me procuraron un trabajo intelectual. Tenía que trabajar sólo con la cabeza. Ya ves. Al cabo de seis meses se acabó el contrato y me despidieron. Yo estaba allí ayudando a producir una mercancía completamente inútil e idiota.»

Las tres cuartas partes de la riqueza producida son desperdicios inútiles, alimentos insípidos, colocados en el mercado sólo para hacer funcionar la Máquina. Todo lo que es realmente indispensable hace mucho tiempo que puede ser producido sin coacción, con gozo. Estando activos y convirtiendo la economía política, una pseudo-ciencia, en fisiología de la sociedad.

«Entonces, para ti esa historia del trabajo-desempleo...»

Es un falso problema. Nuestra sociedad atraviesa una crisis sin precedentes, en la que los patronos, los politicólogos de derecha o de izquierda y los sindicalistas en servicio demostrarán que no pueden hacer nada más. Ellos, hoy se han vuelto también nocivos, como el trabajo.

El señor Y continúa necesitando una constante renovación de las materias que componen su cuerpo. Sin embargo, después de haber sido inducido a atravesar un desierto sofocante sin llevar el equipo indispensable, sin víveres, agua, un sombrero para la protección de los rayos solares –mientras que algunos débiles moralmente deformados y cualquier necio lo atraviesan, o sobreviven y debidamente equipados consiguen altas velocidades trabajando empleados en hacer dinero– el señor Y opta por el uso de su propio tiempo, consciente de que la falta de trabajo es una buena coyuntura para suprimirlo. ¡Es lo mejor!

Es que, ya sea propuesto o fingido, el trabajo –como ya he demostrado– es siempre esclavismo.

Hay quien afirma: si el trabajo es salud, que trabajen los enfermos. Los nazis inscribían en la entrada de los campos de concentración: el trabajo da la libertad. Y significativamente, la libertad alcanzada fue para muchos el horno crematorio. Hay quien comenta con ironía: este hombre, trabajador ajeno toda su vida, deseó siempre no pasar por esclavo; no sabía él que lo era. Étienne de la Boétie murió en 1563, sabía de lo que hablaba cuando decía: la primera razón que lleva a los hombres a servir con agrado es el haber nacido y crecido en la servidumbre.

El señor Y me dice que nunca sería capaz de fabricar todos los inventos o equipamientos necesarios para la vida y que tiene necesidad de la coexistencia, de la cooperación con otros individuos, esto es, de la sociedad, como la ayuda con la que él puede perseguir la conquista de su no-naturaleza propia*, en beneficio de su propia naturaleza: su naturaleza Única y Asociativa.

El señor Y preguntó si podría utilizar el apartado de correos de Utopía para recibir opiniones, críticas y contribuciones a este proyecto. Yo lo encuentro fantástico.

Todos los interesados pueden escribir para el señor Y, a la atención de Utopía, apartado 2537, 1113 Lisboa codex, Portugal.

Por lo pronto, quedan sus Excelencias, los necesitados de dinero, avisados.

José Tavares, UTOPIA, 3, 1996

*Por no-naturaleza propia entiendo la ausencia del conjunto de determinaciones biológicas que permiten la adaptación natural (innata e inmediata) del animal a la naturaleza.

Bibliografía:

P. Kropotkine, *O Salariato*, Acção Directa, 1978.

E. la Boétie, *Sobre la servidumbre voluntaria*, Etcétera, 1978.

AAVV, *Why work?*, Loompanics Unlimited, 1983.

B. Black, *The abolition of work*, 1986.

Trabajo y tortura

Si existe alguna palabra que sea neutra seguro que no será la palabra trabajo.

En francés y en español tiene su origen en la palabra latina *tripalium*, que designaba un instrumento de tortura heredero de la cruz.

Antes de tomar su significado moderno designaba trabajos particularmente penosos después del trabajo de las minas. Hoy su significado se ha extendido considerablemente pero sus límites permanecen confusos. Tendiendo siempre a darle una justificación natural.

En inglés la palabra tiene su origen en una actividad campesina concreta. Lo que caracteriza el término de trabajo es justamente su carácter abstracto. Ya no designa tal o cual actividad especial sino la actividad y el esfuerzo en sí. Ya no se plantan coles, ni se

teje, ni se guardan rebaños; se trabaja. Todo trabajo equivale a otro. Lo que cuenta es el tiempo que uno emplea y el salario que se saca. Como decía Marx: «El tiempo es todo, el hombre ya no es nada; es como mucho la carcasa del tiempo»

(De *Un mundo sin dinero: el comunismo.*)

...y saltó la liebre

(sobre el movimiento social en Francia el otoño pasado)

Tenían todas las razones para saltar... y lo hicieron. Esto que parece obvio nos es hoy extraño, tanta es nuestra pasividad, nuestra resignación, tanta nuestra sumisión al fatalismo de que el mundo es tal como es, que aquella lógica nos sorprende: También nosotros aquí tenemos todas las razones... y no saltamos. Pero hablemos primero de Francia.

A lo largo de dos meses, diciembre 1995-enero 1996, un amplio movimiento social –como quizás no se había dado ni en 1968 ni en 1932– se adueñó del espacio público en Francia. El sector público se vio absolutamente paralizado y la calle dejó de ser el simple paso de casa a la oficina, al tajo o al supermercado para convertirse en un lugar de discusión y de encuentro.

Los cauces que ordinariamente contienen la cólera y la rebelión fueron momentáneamente y en parte desbordados. Más de dos millones de proletarios: trabajadores del sector público en huelga y trabajadores del sector privado, parados, mujeres, estudiantes, pensionistas, jóvenes arrinconados en ghettos, manifestaron su orgullo y se adueñaron de la calle en todas las ciudades de Francia. Ocupaciones de empresas, minas, transportes, correos, universidades, campos de aviación, ayuntamientos...; enfrentamientos con la policía, secuestros de directivos...; asambleas generales decisorias y coordinadas por toda Francia... fueron el acontecer diario durante dos meses de rebelión y de fiesta.

Es difícil esbozar en unas pocas líneas la riqueza y los límites, el por qué y el como de este movimiento social: qué pasó y como interpretarlo. Si hacer más hincapié en lo espontáneo del movimiento o en su articulación sindical; si privilegiar el encuentro festivo, la irrupción del deseo de vivir de otra manera, o el miedo a perder lo que se tiene... Cierto que en este salto, en este movimiento local, juegan muchas instancias que van a explicarlo, distintas subjetividades... pero lo que está en el fondo, lo que arrastra y precipita tal respuesta son las viejas cuestiones de la lucha de clases, de la lucha entre capital y trabajo, la cuestión del reparto entre beneficio y salarios, la cuestión de **la reproducción de la fuerza de trabajo**. Por esto los temas recurrentes durante el conflicto eran: flexibilidad, precariedad, pensiones, paro.

Por esto, de los millones de proletarios que se adueñaron del espacio público, nadie se dejó enredar, por más que lo intentaran los profesionales de lo social, los intelectuales que cerraron filas entorno al plan Juppé. Para estos la cuestión era otra: La reforma es ineluctable; rechazarla es reaccionario, y sólo es debido a una mala información, a un desconocimiento; la separación, la franja divisoria, está entre los que entienden la necesidad de la reforma y los que no; se trata pues de un problema de explicación, de una cuestión técnica. Así, dicen, las masas –sin saber, no enteradas– que salen a la calle y rechazan una reforma ineluctable, son reaccionarias e insolidarias. Reaccionarias porque al revés de aquellos que salieron en el 68 para cambiarlo todo, éstas quieren mantener lo que hay, conservar lo que tienen. Insolidarias, por no querer recortar parte de su haber para cederlo a los sectores más desprotegidos.

Pero estas masas sabían que no se trataba de una cuestión técnica sino de fuerza, sabían que lo que se discutía era un distinto reparto, no entre salarios, como quiere la patronal, sino entre salarios y beneficio. Por esto salieron a la calle contra un plan que pretendía otro reparto entre salarios y beneficios menos favorables para ellos. Contra un plan para desmontar un poco más

un Estado del bienestar, por cierto no concedido por un capitalismo ayer más humano y hoy más salvaje, sino arrebatado al capitalismo de siempre a través de un sinfín de luchas a lo largo de los años 20 y 30 en Europa y en EE.UU.

Así, es por demás hablar aquí de corporativismo. Es evidente que se trata de una huelga en tanto que trabajadores del sector público cuyo patrón es el Estado, una lucha en defensa de sus actuales condiciones de trabajo y contra las medidas que intentan empeorarlas. Como cualquier huelga. Pero al salir a la calle, suprimida en parte la rutina de una vida programada, al juntarse, al contarse unos a otros... la visión se amplía y se pasa a poner en cuestión la sociedad misma: puesta en cuestión verbal, pasajera, callejera... pero que va a circular por las cabezas y por los cuerpos, y asomará en asambleas, autoorganizaciones, convivencialidad. Y quizás se acumulará como memoria.

Memoria que hoy nosotros aquí, en España, no tenemos. Memoria inmediata de victorias. En Francia salieron a la calle y pararon los contratos basura; salieron a la calle y frenaron la privatización de la enseñanza. Nosotros no tenemos memoria reciente de salir a la calle y parar algo. Quizás por esto apenas salimos.

Los trabajadores en Francia saltaron por un problema que no es sólo suyo sino también nuestro. Problema debido a la orientación neoliberal de las medidas que la Economía hoy avanza. ¿Por qué aquí no se salta? Quizás para ello hace falta que la situación sea sentida como intolerable, y quizás este no es nuestro caso. No tenemos una experiencia del Estado del bienestar: justo cuando empieza a lograrse se desmonta. No hay pues, apenas, Estado de bienestar que defender y se siente incluso que, en la lucha, la posibilidad de perder es mayor que la de mantener lo que aún se tiene. Quizás el descontento encuentra salidas más en la picaresca (el clientelismo, la economía sumergida empresarial y autónoma, el trapicheo...), y se vive como fatalidad. Estamos hablando de una sociedad aún muy próxima al campo, es decir en la que persiste una mentalidad agraria, y muy organizada aún en torno a la familia tradicional, que hará de colchón social. La fatalidad se expresa en escepticismo: se duda de que luchando, las cosas mejorarán o no irán a peor.

Estos diez años de propaganda socialista explican también las razones de esta apatía, de este inmovilismo social. Han creado una ilusión (en Francia es un momento de desilusión), ilusión europea (JJ.OO., Expo,...), que el recuerdo de un pasado peor afianza. Han destruido cualquier idea colectiva y afianzado la resignación o la ilusión entorno a lo que hay como único posible.

Hoy, aquí como en Francia, estamos encarados ante una misma cuestión: la reproducción de la fuerza de trabajo en la fase actual capitalista. Y esto no es una cuestión técnica sino de relación de fuerzas, de lucha entre los intereses del capitalismo multinacional y los intereses de la gran mayoría. ¿Las medidas neoliberales que hoy se avanzan como necesidad del capital para frenar su caída de rentabilidad, son simplemente «técnicas», las únicas que puede tomar, o son las que toma en un momento como el actual de escasa resistencia? No hay medidas «objetivas», aunque esta sea la pretensión de la Economía. La respuesta que se de a estas medidas configurará las próximas luchas.

Hay por debajo de todo esto una cuestión: el lugar que hoy ocupa el trabajo. El lugar que ocupa desde el punto de vista económico (producción de plusvalía), social (reproducción de las relaciones capitalistas), y simbólico (reproducción de la sociedad).♦

Presentamos a continuación algunos fragmentos de textos que nos han llegado de Francia sobre el movimiento social de este otoño. Fragmentos, pues no podemos dar cabida en nuestra revista a dichos textos –que sí os podemos hacer llegar fotocopiados–, pero suficientes para una comprensión de lo acaecido y de los problemas planteados. En concreto se trata de la **parte final de un texto de 12 páginas de Nicole T.**, valorando algunos aspectos del movimiento; **la primera parte de un texto de 13 páginas de C. Reeve**, parte en la cual el autor se fija en la cuestión sindical; **dos notas de la revista ECHANGES** sobre la situación en Francia antes del conflicto y sobre la

situación del capitalismo hoy; y **unos recortes de una discusión tenida en el círculo Berneri.**

Igual que de estos textos podéis disponer también de otro material que hemos recibido:

- **Journal d'un gréviste.** Décembre 1995 - Janvier 1996, L. Martin. T.C. Editeur. BP 17 - 84300 Les Vignères.
- **Le sens du tous ensemble.** Temps Critiques. BP 2005 - 34024 Montpellier cédex 01
- **La grève et après...** André.
- **Remarques sur la paralysie de decembre 1995.** Encyclopédie des Nuisances, mars 1996.

Visita comentada al movimiento social de diciembre-95 en Francia

(...)

Una crítica social en proceso de elaboración

Desde el inicio, la reivindicación de la «retirada del plan Juppé» sirvió como aglutinante para el conjunto del movimiento. No debe extrañarnos pues, el carácter puramente defensivo de esta reivindicación. En un contexto en el que, después del definitivo fracaso del «socialismo real», ningún proyecto de transformación social ha tenido tiempo ni ocasión de instalarse en las mentalidades, a no ser de una manera muy marginal; en un contexto, además, en el que los jóvenes, impulsados por una lógica competitiva que se les impone desde los primeros años de la escuela, paralizados por el miedo a un futuro que ven cada vez más amenazador, no se atreven ya a soñar en un futuro que podrían construir. En este contexto sería ilusorio esperar que el primer gran movimiento de huelgas desde la caída del muro fuera portador de una idea de transformación social radical. Aunque reivindicaciones laterales, como la reducción masiva del tiempo de trabajo o la gratuidad de los transportes públicos, se han hecho un sitio durante estas huelgas, lo cierto es que la unidad se realizó sobre una base defensiva y mínima.

Pero nos equivocáramos si subestimáramos la amplitud del camino recorrido por la crítica colectiva que se ha ido elaborando día a día en las AG (Asamblea General) o en los encuentros interprofesionales. La confrontación de los descontentos particulares, pero también el apoyo implícito de una buena parte de los no-huelguistas, han llevado a los que se han comprometido en las primeras líneas de la lucha, a sentirse portavoces de un «cabreo» colectivo dirigido al conjunto de la clase gobernante. De esta manera se ha puesto fin al dominio del «pensamiento único»¹ que después de diez años pretendía, con arrogancia, promover la única evolución social posible y deseada defendiendo los dictados de la economía, del éxito, de la competencia y del mercado.

Hemos asistido, principalmente en el lenguaje sindical, a la reaparición de la antigua expresión primaria del sentimiento de clase: «Siempre se joden los más débiles». Pero en un contexto de larga regresión de las conquistas sociales, incluso esta forma reductora (ya que vacía de cualquier idea emancipadora) del sentimiento de clase tomaba un cariz de rotura con la actitud de pasividad –que algunos tomaron por consentimiento– que había prevalecido durante años: «estamos hartos de los sacrificios que siempre pagan los de la parte baja del escalafón».

Soluciones simplistas como: «Hay que gravar las rentas financieras», versión moderna de: «Hay que hacer pagar a los ricos» fueron lanzadas a menudo por los militantes sindicales como receta milagro, pasando por alto los problemas de modelo de sociedad que conlleva el problema de los déficits públicos.²

Pero, al margen de esto, ha habido numerosas ocasiones en las que se ha tomado la palabra de manera libre, en donde se han visto cosas distintas. Para empezar, un sentimiento de injusticia, fuerte porque se atrevía a surgir después de muchos años de sumisión al discurso dominante; fuerte porque tomó cuerpo en algunos bajo la convicción de haber sido estafados por los políticos del momento, que utilizaron las aspiraciones populares para hacerse con el poder y las abandonaron en cuanto lo consiguieron; fuerte porque se acompañaba de una toma de conciencia colectiva del verdadero sentido de las palabras del poder: se hace evidente para todos que rentabilidad, liberalización, privatización significan despidos, intensificación del trabajo, aumento de las tarifas; que «lucha contra el paro» significa precariedad y bajos salarios impuestos de forma masiva en todos los sectores asalariados.

Poco a poco se fueron expresando críticas a la misma lógica que ha guiado todas las opciones tomadas por la clase política desde hace quince años en nombre de unos valores que tantos años de «pensamiento único» hubieran hecho creer se hallaban en vías de extinción: solidaridad, defensa del bien público.

- **Solidaridad.** Este movimiento hizo que se tomara conciencia de manera brusca que el paro, la pobreza extrema, eran asuntos que concernía a todos, y no sólo a los que el poder y los media habían etiquetado como «excluidos» ni solamente a los gestores del consenso social. En otras palabras, que se había sobrepasado el límite de la tolerancia. Esto no se debe sólo a una realidad cuantitativa (todo el mundo tiene un familiar parado, todo el mundo se siente de una manera u otra amenazado), sino más bien al despertar del antiguo sentimiento igualitario que fue construyéndose durante las luchas de estos últimos siglos, y del que se dudaba que estuviera aún vivo.

De golpe no se trataba solamente de la miseria creciente cuyo escándalo se denunciaba, sino también, aunque de manera confusa, del escándalo de las desigualdades sociales crecientes: riqueza por un lado, miseria por otro. Dentro de esta lógica los asalariados de los hospitales denunciaron la desigualdad creciente en el acceso a la sanidad, los del servicio de impuestos la creciente desigualdad en el cobro de los impuestos.

- **Defensa del sector público.** La quiebra del servicio público fue el elemento más denunciado en las huelgas. Se hallaba evidentemente ligado a la mayor parte de las ramas del sector público en huelga: amenazas de cierre de líneas en la SNCF, cierres parciales o totales de hospitales, amenazas de futuros despidos ante las privatizaciones que se anunciaban en correos, en France Telecom, en la EDF-GDF... Esta reacción se apoyaba en la identificación del funcionario con el Estado, en el orgullo de pertenecer a una gran administración reconocida por su eficacia. Fue en este aspecto donde el descontento desbordó de manera muy amplia las cuestiones de categorías. Ya que lo que parecía expresarse en estas huelgas, era una actitud de rechazo ante la rotura del contrato que unía implícitamente al Estado con los asalariados del sector público y de una manera más amplia al Estado con la sociedad civil francesa.

Dos elementos corroboran este punto de vista:

- La participación en la huelga, bajo el lema de la defensa del servicio público, de una parte importante de los cuadros y directivos, denunciando las políticas de rentabilización de las direcciones;

- La amplitud de las manifestaciones y el radicalismo relativo en las acciones de provincias, en las que el rechazo a la quiebra del servicio público se unía al rechazo a la desertización del campo (desaparición progresiva de la escuela, de correos, de la línea del tren...) y del paro masivo (El Estado es en algunas ciudades el último gran patrono).

Fue sin lugar a dudas esta impresión de rotura de contrato la que llevó a muchos huelguistas a situar la crítica hasta terrenos frecuentados sólo hasta entonces por la única franja

izquierdista del movimiento obrero: «¡Basta de este economicismo dominante que abandona a los hombres! ¡Basta de esta lógica liberal que les machaca!»

De repente se expresó la rotura entre el «ellos» y el «nosotros». «Ellos» son los políticos, los tecnócratas, los que razonan exclusivamente en términos contables. «Nosotros» somos todos los hombres sin poder, los «ciudadanos» repletos de valores de solidaridad humana. Una renovación del sentimiento de clase toma esta vez valores humanistas, valores a los que los teóricos clásicos de la lucha de clases negaban cualquier pertinencia...

Dentro de este contexto no debe extrañarnos que no apareciera en el orden del día la idea de una solución mediante el recambio del personal político —aunque produjera alegría imaginarse la caída de Juppé junto con su plan; aunque la clara subida de los socialistas en las elecciones parciales del 3 y 10 de diciembre demostrara que el juego basculante en la escena política sirve todavía (pero, ¿para quién? ¿Para los que están en la calle o para los que temen que la calle se exprese?).

En las huelgas, en la calle, se sentía de manera clara que lo que se cuestionaba era el conjunto de opciones económicas, técnicas y humanas tomadas por la clase política durante los últimos quince años. ¿Para qué hablar de cambio político si están todos de acuerdo en las alturas, para avanzar en el proceso de desligar al Estado, para realizar las privatizaciones, para hacer repercutir el coste de los déficits sobre los que están más abajo en el escalafón? Todos, no sólo la derecha, no sólo los políticos franceses; todos, toda la clase dirigente internacional que toma las mismas opciones.

En el seno de la clase política además, nadie quería recoger la «patata caliente» que significaba la gestión de este conflicto social: Jospin sólo evocó una vuelta lejana al poder, invitando a su «troupe» a prepararse para ello. El PC se mantuvo quieto. Sólo el ala populista de la derecha gubernamental estaba nerviosa viendo llegar su momento.

Tampoco debe extrañarnos que los media fueran interpretados por lo que son: «herramientas al servicio del poder». El tratamiento tan manifiestamente parcial de los acontecimientos no podía sino contribuir al aumento del sentimiento de que el poder trataba a los huelguistas como enemigos y los media como el arma de guerra.

Tampoco debe extrañarnos, en fin, que el mundo llamado intelectual se hallara asustado por esta «toma de la palabra» espontánea por parte de una gente que, después de veinte años de silencio, hubieran podido hacer creer se hallaban carentes de ideas y de voz.

Los hubo que se dedicaron a diagnosticar la enfermedad: «Pérdida de legitimidad de las élites», demasiado tecnócratas, demasiado alejadas del pueblo; «déficit de comunicación» de un poder que no comprendió que el pueblo es, hoy en día, suficientemente inteligente para que deban explicársele las cosas antes de imponérselas...

En el terreno de la izquierda hubo los que por un lado se pusieron del lado de la «reforma necesaria» y se obstinaron en no ver en este movimiento otra cosa que no fueran reivindicaciones categoriales, reduciendo la expresión del movimiento a las reivindicaciones sindicales. Por otro los que escogieron el campo de los huelguistas, no sin haber antes invertido el movimiento de valores que son principalmente propios: defensa de los «valores republicanos», del servicio público «a la francesa»...

Hubo, finalmente, difamadores más sutiles, como M. Wieviorka, para quien este pseudo-movimiento social se demostró incapaz, al igual que el 68, de asumir el conjunto de los problemas que tiene la sociedad...

En todos estos posicionamientos, casi no se trataba sobre el renacimiento de un sentimiento de clase antagónico a la lógica dominante, ni de la difícil elaboración de una crítica social que expresara la aspiración a otro tipo de sociedad. Y sin embargo era esto lo que se hallaba presente en las mentes e incluso en las palabras. Y es precisamente esto lo que hay que lograr que se viva en las luchas del futuro.

¿Se abren nuevas perspectivas?

El movimiento de diciembre de 1995 puede interpretarse como la última versión de un esquema típicamente francés: un poder central que no deja ningún espacio a los poderes intermedios entre él y la sociedad civil, los problemas que se arreglan mediante la explosión; sindicatos demasiado débiles en tiempos normales que llegan a la mesa de negociaciones empujados por la movilización social: en fin, un nuevo compromiso, hasta la siguiente crisis.

Salvo que esta vez no hubo compromiso, no hubo ni negociación. Por otro lado, parece que ya no haya negociación posible. En un contexto en el que el crecimiento ha dejado de estar presente; en el que los imperativos de la construcción europea y de manera más general, de mundialización de la economía, impiden al Estado central cualquier posibilidad de elección distinta en lo que concierne a opciones económicas generales; en el que el carácter transnacional y al mismo tiempo oculto del capitalismo financiero prohíbe la financiación de los gastos sociales mediante un «pellizco» significativo de los beneficios, no vemos sobre qué base podría realizarse este compromiso.

Por lo tanto, no se ha solucionado nada. Los cambios en los regímenes especiales de jubilación, el contrato-plan Estado-SNCF, la privatización de France Telecom sólo se han aplazado. De manera general, los problemas generados por el déficit de las compañías de transportes, los déficits públicos, las privatizaciones que se avecinan, serán fuentes de futuras tensiones. La cuestión salarial corre el riesgo de saltar con las primeras deducciones suplementarias. Tampoco hay ninguna perspectiva de recambio político. Los políticos pueden ir turnándose, no dejarán de dar solución a los problemas con la misma lógica. Sólo cambian los métodos. Los métodos para afrontar los conflictos: parcelización, golpes bajos o mano dura.

También puede ser que este movimiento marque el inicio de un período de renovación de la combatividad. Para muchos jóvenes, estas tres semanas de diciembre constituyen su primera gran experiencia de lucha. Para todos, es la primera gran huelga intersectorial y el primer gran movimiento desde hace veinte años. El sentimiento de la lucha colectiva, el placer de poder expresar de manera pública la revuelta, el reencuentro con la convivencia, son unas motivaciones cuya fuerza no cabe subestimar. Por otro lado los contactos intersectoriales han llevado al nacimiento de redes autónomas que sólo esperan se las reanime.

Queda por saber si la ausencia del sector privado en las luchas, que les ha tenido lejos del contagio de la protesta, no reforzará la fractura privado-público en cuanto a lucha, fractura que se vislumbra ya desde hace años.

Queda por saber si la capacidad crítica que este movimiento ha puesto de manifiesto superará las tendencias nacionalistas, de «identidad», o sea fascistas, que algunos querrán reanimar.³

Queda por saber en fin cual será la evolución de las luchas en Europa: Ya que hoy más que nunca, ninguna transformación durable de la relación de fuerzas entre las clases puede jugarse sólo a escala nacional.

Nicole T. (finales diciembre 1996).

1. Término lanzado por *Le Monde diplomatique* que ha tenido en este movimiento un éxito excepcional

2. El gravamen sobre las rentas financieras, para que sea posible y dada la internacionalización del mercado financiero y el carácter oculto de las transacciones, supone nada menos que el control de los bancos por los trabajadores, cuestión que los sindicatos se guardan bien de plantear.

3. El *Front national* se ha sentido preocupado por este movimiento de huelgas que, como dice su propio semanario ha «desplazado el debate político del terreno nacional, donde el *Front national* es invencible, bajo un presunto terreno social». Partidario del desmantelamiento del sistema de seguridad social y de jubilación en beneficio de sistemas de seguros individuales, se pronunció contra el Plan Juppé, pero... contra los sindicatos y contra las huelgas.

Aviso de tormenta

A principios de diciembre de 1995 se podía creer que el miedo, la resignación y la pasividad eran los sentimientos y los comportamientos mejor instalados en la sociedad francesa. La política represiva adoptada por el gobierno como respuesta a la extraña campaña de atentados terroristas, podía interpretarse como destinada a hacer crecer el consenso en torno al Estado. Ya se han acabado aquellos tiempos en los que el capitalismo creaba los hitos de una integración proletaria (modo de vida y conjunto de comportamientos) que hicieron hacer su agosto a las organizaciones reformistas. Después de decenios el desfile de miserias, exclusiones y violencias consolidaba el sentimiento de inseguridad en el mundo asalariado. La acción de los partidos y sindicatos hizo el resto. Delegación de responsabilidades, culto patriótico y prácticas xenófobas, obediencia a los jefes y fe en el sistema, habían acabado creando seres irresponsables y sumisos; paralizados ante los estragos de la crisis económica. Y la suma de todas estas frustraciones, egoísmos e individualismos formaban la materia de base de una mentalidad social autoritaria que exige orden y seguridad.

Nos hallábamos en este punto en nuestras sabias reflexiones, paseándonos entre militares enrejados y gendarmes al acecho de rostros morenos, cuando lo imprevisible se impuso sobre lo real. La huelga de los servicios públicos se generalizó como un reguero de pólvora y paralizó el país. Hizo que se olvidaran las botellas de gas explosivas y las redadas racistas en los vestíbulos de la estación, las calles y los andenes del metro. En tan sólo unos días, un conflicto de clase superará a todos los demás conflictos y problemas de la sociedad.

De donde se deduce una primera constatación. El estado de las relaciones de fuerza entre las clases no puede nunca medirse a partir de las únicas formas superficiales, visibles de sumisión social. Tratándose de situaciones de clase no hay nada preestablecido y lo imprevisible debe inscribirse siempre dentro del campo de lo posible. Una lucha fuerte puede agrietar el muro de la resignación social. Capacidades colectivas que se creía se hallaban aletargadas o prisioneras salen a plena luz. Sin embargo, la sumisión y la pasividad social que constatábamos, no eran una simple construcción del espíritu. Expresaban también esta relación de fuerza.

Fueron numerosos los interrogantes que abrió este movimiento. ¿Qué tipo de fuerza movilizó a decenas de miles de trabajadores, hizo bajar a las calles de las ciudades francesas a millones de personas, jóvenes, trabajadores, parados y jubilados? ¿Por qué salieron del letargo y de la resignación en la que se hallaban instalados desde hacía años? ¿Cómo se despertó su espíritu de conservación frente a una burguesía cuya arrogancia parecía no tener límites? Los comentarios que se podrán leer aquí responden a la necesidad de comprender lo que pasó, lo que hemos vivido. Es cuando acontecen acciones colectivas cuando se accede verdaderamente a la comprensión de la sociedad. Es por esto que un movimiento social de esta amplitud permite confirmar o rechazar la validez de un esquema de análisis y si es preciso revisarlo. En este texto no hablaremos de la cronología de la huelga, su desarrollo. Igualmente no se abordarán las formas y los objetivos de la agitación estudiantil que precedió a la huelga de los servicios públicos. Algunos aspectos del movimiento nos interesan de manera particular: la función de los sindicatos, la relación entre la mentalidad social de crisis y la acción colectiva, los desbordamientos políticos de la huelga, la emergencia del nacionalismo obrero como fuerza unificadora de la lucha.

I

El principio fundamental de la acción de los trabajadores es el de la organización. Ayer como hoy, cualquiera que sea la composición de la clase obrera, sin organización no hay nada posible en la lucha contra el capitalismo. Es por esto que es importante discutir sobre la función de los sindicatos durante el movimiento de diciembre del 95. Esta huelga fue llevada por las organizaciones sindicales y sin aparente conflicto con la acción de los trabajadores. Esta

constatación puede molestar, por poco que uno recuerde que todas las grandes luchas de los últimos decenios se desarrollaron en oposición a los aparatos sindicales y dieron origen a estructuras sindicales independientes de un nuevo tipo: Las coordinaciones.¹ Esto fue suficiente para que se levantaran algunas voces presentando este conflicto como la prueba de la «vuelta de los sindicatos», de «la rehabilitación del sindicalismo», en resumen como la negación de la crítica del sindicato: «teorías modernistas transmitidas estos últimos años en los salones parisinos». Los primeros que quisieron asegurarse fueron evidentemente los que tenían que defender sus intereses alimenticios.² Otros, que no se hallaban en el terreno del oportunismo, consideraron que este problema no se había planteado en la práctica y que, por lo tanto, era prematuro —o incluso inútil y perjudicial— plantárselo por principio. ¿En qué medida los sindicatos se situaron en la misma fase que el movimiento? ¿Es que la superación de la forma sindical tradicional ya no sería inevitable en una lucha de los trabajadores? ¿Se puede pretender de una manera seria que la experiencia de casi un siglo de integración capitalista de las organizaciones sindicales, puede borrarse por esta sola huelga?

La huelga de diciembre de 1995, fue a la vez, preparada y espontánea. Desde el verano los jefes sindicales «habiéndose sido consultados varias veces por el primer ministro, le advirtieron de las tensiones sociales de las que tenían conocimiento»³ Sabiendo que el gobierno había decidido pasar por alto sus advertencias, los sindicatos habían preparado a sus bases (en el ferrocarril y en los transportes públicos) en vistas a una acción contra el desmantelamiento de los regímenes especiales de jubilación. Sin embargo la generalización del movimiento, la pérdida de control por parte de los cuadros corporativistas, no estaban en absoluto previstos en el programa y se debieron a la decisión y a la acción de la base. A este respecto sería más correcto hablar de un movimiento inesperado más que de un movimiento espontáneo; en tanto esta explosión se hallaba inscrita en el estado de revuelta latente. Desde el inicio hasta el final de la huelga, los aparatos sindicales siguieron, acompañaron, la acción de los huelguistas. Navegaron sobre una ola de fondo que no dominaban siempre, pero que tampoco les ha superado en ningún momento.

Se dijo que los sindicatos habían aprendido la lección de los años precedentes y de la aparición de las coordinaciones. El desarrollo de nuevas estructuras sindicales (como SUD) reivindicando más democracia de base, el renacimiento, relativo pero indiscutible, de la corriente anarco-sindicalista (la CNT), son manifestaciones de la profunda crisis del sindicalismo francés y expresan una nueva fase en la auto-organización. Se ha acabado la época en la que se consideraban las grandes centrales como instituciones que había que democratizar. Hoy en día los militantes más activos se van de los antiguos sindicatos para reagruparse dentro de nuevas estructuras o para crearlas. A pesar de lo que opinen algunos burócratas de mentalidad atrofiada, la crisis del sindicalismo no es una idea surgida de los salones parisinos, es la realidad vivida en las empresas. Hasta tal punto que hablar de crisis del sindicalismo se ha convertido en una banalidad de barra de bar. Inquieta a los políticos lúcidos, preocupa a los dirigentes sindicales y los investigadores pagados por el Estado lo estudian. Si se piensa, como nosotros, que la función del sindicalismo en el mundo moderno es la de un regulador de la producción capitalista encontramos en ello una pista para identificar la naturaleza del mal. Mediante sus luchas pasadas el sindicalismo impuso las condiciones de un «capitalismo normal», y combatió lo arbitrario y los abusos del capitalismo salvaje. Por esto mismo ha integrado a los trabajadores, garantizándoles la mejora de sus condiciones de vida y permitiendo disponer de esta manera al capitalismo de una fuerza de trabajo menos agotada, más satisfecha y más productiva. Como decía, después de las grandes huelgas del 36 un gran dirigente de la corriente reformista francesa: «Aquí se inicia la era de las relaciones directas entre las dos grandes fuerzas económicas organizadas en el país»⁴ Hoy en día esta función esencial del sindicalismo se halla minada por la crisis misma del sistema. En un sistema capitalista al que le cuesta retomar el aliento, las subidas salariales ya no pueden ser absorbidas, como en el pasado, por los incrementos de productividad. El sindicalismo no es capaz de negociar, como lo hacía antes, el «progreso social». Las ganancias de la productividad se obtienen principalmente mediante una intensificación del trabajo, una supresión de puestos y el

aumento del desempleo; la explotación aumenta mediante una bajada general de los salarios. O sea, que la colaboración entre las «dos grandes fuerzas económicas» no puede fundarse en la expansión económica, el interés inmediato de los explotados se identifica cada vez menos con el interés social general. Y los sindicatos se presentan para aprobar la degradación de las condiciones de trabajo y de vida, tragarse la bajada de los salarios y los recortes en las prestaciones sociales que han sido durante mucho tiempo uno de los pilares de la fidelidad de los trabajadores al sistema, las famosas «conquistas sociales» que habíamos acabado creyendo eternas.

El índice de sindicalización es hoy, en Francia, uno de los más bajos de los países industrializados. Un dato más significativo: la caída de la afiliación sindical es más rápida que en los países piloto de la política neoliberal.⁵ Ciertamente que estos porcentajes no dan la exacta medida de la credibilidad de los sindicatos entre los asalariados. La credibilidad real debe tener en cuenta una utilización individualista de los sindicatos, percibidos como organismos sociales, como asesores jurídicos. Si el rechazo masivo de los sindicatos no proviene evidentemente de una crítica radical de su función sí que contiene algunos de sus elementos. El individualismo generado por la crisis y las nuevas condiciones de trabajo no son suficientes para explicar esta evolución en el caso francés. Estas mismas condiciones se hallan presentes en otras sociedades en las que la desvalorización de los sindicatos no se hace sentir tan rápidamente. Pase lo que pase las consecuencias son enormes por lo que respecta al funcionamiento de estos aparatos y de su funcionamiento al interior del sistema. Uniéndose a la caída de las ideologías socialistas, esta evolución ha llevado consigo el debilitamiento del trabajo sindical. La base militante de los sindicatos se ha visto reducida a un reducto de creyentes, entre los que encontramos, además de los últimos supervivientes del partido comunista, a los militantes troskistas y libertarios. Por primera vez en la historia del sindicalismo francés, estos últimos han conseguido un peso que sobrepasa con creces su implantación social. Muchos antiguos activistas de las coordinaciones se han convertido en militantes de los sindicatos contra los que luchaban no hace todavía diez años. Aquellos y aquellas que hacían una crítica sindicalista de los sindicatos «integrados» se han «integrado» en los mismos sindicatos. Lo que a la vez permite ver con nueva luz la naturaleza de las coordinaciones. Lo que criticaban estos militantes no era la función del sindicato en el interior del sistema, no cuestionaban la necesidad de negociación y de compromiso. Eran los métodos burocráticos de esta negociación, los términos desfavorables de los compromisos que se contestaban. ¡Aquí tenemos desvelado el gran misterio de la renovación sindical en Francia! Más que a una transformación de los sindicatos, hemos asistido durante los últimos años a la transformación de su base sindical. Una nueva capa de militantes ha venido a dinamizar las antiguas estructuras aportando un funcionamiento más democrático. Paradójicamente, cuanto más ineficaz aparece el sindicalismo ante los ojos de los trabajadores, más es defendido por la extrema izquierda comunista y anarquista. La práctica sindical de base se ha convertido en el refugio militante de estos grupos y la palabra «gauchiste» se convierte hoy en casi sinónimo de sindicalista. De esta manera se entiende mejor que la burocracia sindical de algunas centrales (principalmente la CGT, pero también FO) sea tan tolerante con los activistas que tan violentamente han perseguido durante años. Se trata de la supervivencia de sus instituciones, abandonadas por la gran masa de los trabajadores, por lo tanto les va su propia supervivencia. Si los bonzos se han alegrado de manera prudente por la ausencia de las coordinaciones fue con la intención de favorecer su imagen y de probar que controlaban el movimiento. Pero se cuidaron mucho de reconocer que los ex-miembros de las coordinaciones se habían convertido en sus propios peones. La ausencia de las coordinaciones no prueba que hoy en día los sindicatos sean más fuertes, al contrario, es la prueba de que son más débiles. Las coordinaciones representaron en un momento, la expresión organizada de la crisis del sindicalismo francés; cuando los aparatos creyeron poder oponerse a la presión de la base y a las aspiraciones de una mayor democracia sindical. Hoy los jefes sindicales no pueden ni oponérseles. Están obligados a tolerar estas corrientes, las únicas capaces de hacer funcionar el trabajo sindical de base.

Haciendo referencia a esta ausencia de confrontación entre los aparatos y los trabajadores, se ha hablado de un «uso obrero del sindicato». Esta fórmula la utilizaban, entre otros, las corrientes de la autonomía italiana de los años setenta-ochenta. Nos sitúa en una concepción de la cuestión sindical que acarrea discusión. La organización obrera podría tomar contenidos antagónicos según fuera la relación de fuerzas políticas que existiera en la lucha de clases. De lo que se deduce un carácter casi neutro de las formas de organización. Si la acción obrera «abandona» el sindicato, es el capital quien toma la «ofensiva» para utilizar de una manera anti-obrera este mismo sindicato. Pero es precisamente la credibilidad del sindicato ante los trabajadores lo que permite un uso capitalista del sindicato. El sindicato sólo puede funcionar en el interior del sistema si posee una implantación real entre los trabajadores. La fuerza del sindicato, como fuerza reguladora del mercado de la fuerza de trabajo (reconocida por el capitalismo), no es sino el resultado de la lucha de clases y de la acción de los trabajadores. Retomando la conclusión de un visceral anticapitalista de la primera mitad de siglo y fino crítico de la función integradora del sindicato: «Todo lo que compromete a los obreros frente a los sindicatos (los organismos que crearon ellos mismos, en función de los que han permitido tantos sacrificios, empezado tantas luchas, derrochado tanto entusiasmo) en resumen, todo lo que los sindicatos tienen de encantador, es precisamente lo que hace que los trabajadores sean dóciles a la voluntad de sus maestros»⁶ Dicho de otra manera: «el uso obrero del sindicato» no es necesariamente antagónico con el interés del capitalismo. Por otra parte y para volver a la huelga de diciembre del 95, parece más correcto hablar de una vuelta al «uso del sindicato por los militantes sindicalistas». Pero la frase de «uso obrero del sindicato» contiene también una cierta idea de lo político, de la autonomía. Sería suficiente que los asalariados avanzaran objetivos «anticipando» o bien yendo en contra «la voluntad capitalista» para que la organización sindical se convierta en el espacio de una acción autónoma. La autonomía se halla determinada por la existencia de un proyecto político, capaz de movilizar la iniciativa obrera contra el «control del capital». Dentro de este esquema, los ciclos económicos del capital no son otra cosa que perpetuas tentativas de anular la iniciativa obrera y a la inversa. «La única historia posible del capital es la historia obrera del capital», escribía el más conocido de los teóricos de la autonomía italiana.⁷ Lo que quiere decir que la tarea más importante de los militantes de la autonomía consiste en construir y hacer avanzar esta estrategia política,⁸ condición necesaria para la recomposición de clase en el terreno salarial. Se puede considerar que la historia del siglo ha juzgado los resultados de estas concepciones dirigistas de lo político, la función asfixiante de estos especialistas de la estrategia. ¿Acaso las cualidades de un movimiento no se hallan en su capacidad de romper con la lógica de la política y de la economía? Allí donde el imaginario se halla ausente del pensamiento y de la acción colectiva no puede haber perspectivas emancipatorias. Allí es donde reside la autonomía de un movimiento. Desde este punto de vista, el único «uso obrero del sindicato» consiste en su superación en tanto que fórmula de organización, el rechazo de su función reguladora del precio de la fuerza de trabajo.

II

Diciembre del 95 ha sido, antes que nada, el redescubrimiento de la resistencia colectiva ante los dictados de la clase dirigente y la lógica arrogante de los capitalistas. El placer de la lucha, el orgullo y la dignidad tomaron la iniciativa frente a la sumisión y el miedo. Sin embargo, la enorme fragilidad de la huelga surgió allí donde se había adivinado su fuerza. No solamente la huelga no logró extenderse al sector privado de la economía sino que logró poco compromiso entre los mismos huelguistas. Evidentemente, por todos lados se han producido asambleas generales de sindicalistas y no sindicalistas abiertas a la participación externa. Desde sus inicios los huelguistas han contado con la ampliación del movimiento, asegurando las tareas de agitación y de solidaridad, desplazándose, haciendo campaña por los sitios donde creían poder convencer a otros trabajadores a unirse a su acción. Esta determinación indicaba que se trataba de un movimiento poderoso y expresaba un salto cualitativo frente a las huelgas corporativas de los últimos años. Así las cosas y según opinión de numerosos participantes, las asambleas

generales fueron a menudo organizadas y dirigidas por militantes sindicales comprometidos con grupos políticos, que fueron los primeros en defender la necesidad de contactos horizontales y la superación de las categorías. Ya se sabe que el recurso a las asambleas no impide las prácticas manipuladoras y las maniobras. Bajo una aparente democracia de base se puede observar como se instala el dirigismo de minorías activas. Esta huelga ha sido la de los delegados y la de los militantes políticos, consecuencia inevitable del estado de anemia en el que se encuentra el sindicalismo francés. Y la floja participación de los trabajadores en la huelga explica, en gran medida, la debilidad de imaginación y la ausencia de crítica del sindicato. Los no-sindicados –que encontraron su lugar de expresión durante las huelgas del 86, en el seno de las coordinaciones– han estado ausentes como tales. Si pudieron expresarse en las asambleas intercorporativas de barrio, en las manifestaciones raramente se han visto sus banderas anunciando su presencia. La huelga de diciembre 1995 ha sido un movimiento en el que el fenómeno de delegación ha jugado de lleno y según diversos niveles. La masa de los trabajadores, que no hizo huelga, ha proyectado en la acción de los huelguistas sus propios deseos de revuelta. Y los mismos huelguistas han delegado en los militantes y en los delegados la conducción y la continuidad de la huelga. De manera general la huelga se ha «practicado» poco pero se ha «consumido» mucho por parte de los trabajadores: Incluso en la SNCF, la participación ha sido inferior que en 1986, mientras que, esta vez, el movimiento era menos corporativista. La participación de los huelguistas en las acciones se limitó a la presencia en las asambleas y a algún piquete de huelga. Por el contrario, se obtuvieron victorias tangibles allí donde los movimientos de base eran fuertes: en la huelga de solidaridad de los tranviarios de Marsella (por la igualdad de estatutos) y en la huelga en algunos centros de selección (PTT) por la integración de trabajadores precarios. La emancipación social exige más que la adhesión más o menos pasiva a una lucha. La conquista de la autonomía de acción, de la autoconfianza y de la autodeterminación exige más que una delegación de la lucha en los más militantes. La delegación se halla a menudo en contradicción con el desarrollo de la solidaridad y con la maduración de la acción. Durante la huelga de diciembre del 95 un sindicalismo de delegados desplazó a un sindicalismo del aparato. Lo que explica que el movimiento se remitiera constantemente a las decisiones de los aparatos, ampliamente desprestigiados ante los trabajadores. Faltó empuje colectivo y la huelga de resistencia no desembocó en lucha ofensiva. En ausencia de un movimiento de fondo, capaz de darle una base real, este sindicalismo de delegados no tiene futuro, un momento en la lenta agonía del antiguo movimiento obrero. (...)

C. Reeve, febrero 96

1. Como hecho simbólico, la huelga de diciembre de 1995, comienza con los ferroviarios de *la Gare du nord*, en París, el mismo sitio donde, en 1986, se creó una de las primeras coordinaciones.
2. *La vuelta de los sindicatos*, Jean-Louis Mourgue, secretario federal de FO-PTT, 'Maintenant', 20, diciembre 1995.
3. 'Le Monde', París, 21 diciembre 1995.
4. Jouhaux, discurso, 8 junio 1936.
5. En Francia la tasa de sindicación es del orden de 9% (mezclando el sector privado y público). En veinte años la caída ha sido de 12 puntos en Francia, mientras que ha sido de 6 en Gran Bretaña y de 7 en EE.UU.
6. A. Pannekoek, *Les Conseils ouvriers*, Editions Spartacus.
7. Tronti, *Ouvriers et capital*, EDI, París.
8. *Les Ouvriers contra l'Etat - Matériaux pour une intervention*, París, 1973.

Algunos datos antes de la explosión

Este otoño francés puede parecer excepcional; no lo es para aquellos que se interesan por lo que está sucediendo en todo el mundo. Una empresa cada vez más dueña de las formas económicas represivas del capital se desarrolla en el interior de «los cuadros nacionales anteriormente protectores». Enormes masas de capital (las de las «treinta gloriosas» y de la sobreexplotación del subdesarrollo), atenazadas por la baja de la tasa de ganancia, invaden todos estos sectores, más o menos protegidos. Piensan coparlos

con éxito, haciendo saltar una tras otra todas las barreras de contención (desde el hundimiento del bloque semi-autárquico ruso hasta la eliminación de las garantías que tienen aún ciertas categorías de trabajadores). La ola de un liberalismo que se despliega sin miramientos crea, ella misma, las condiciones de una similitud de las luchas. Aunque se expresen inevitablemente en campos específicos, contienen caracteres comunes que muestran las causas reales de esta presión social que, aunque diferenciada, no es menos global. En este sentido cada trabajador, del sector que sea, se encuentra en la presente lucha, aunque por razones específicas no se asocie a ella activamente, por más que se sienta solidario.

Algunas cifras

En su sentido amplio, el proletariado representa el 75% de la población. El conjunto de activos asalariados es de 22 millones efectivamente empleados. 1.700.000 trabajan para el Estado y 1.400.000 para instancias públicas. La parte del sector público con estatuto especial concernido por las huelgas: SNCF (192.000), RATP (22.000), Correos (300.000), Telecomunicaciones (154.000), EDF-Gdf (145.000), Enseñanza (1.500.000), Sanidad (1.000.000).

Las desigualdades sociales

La famosa «fractura social» que recientemente ha entrado en el lenguaje del populismo gubernamental, enmascara la explotación capitalista que significa precisamente desigualdad social. En Francia, el 10% de la población posee el 50% de la riqueza y el 28% de las rentas (el 1% posee el 25%), el 50% tiene el 8%, el 20% tiene el 68% y el 60% tiene el 12%. Hay otra manera de medir esta desigualdad social, según las rentas: 400.000 capitalistas y sus fieles dirigentes se atribuyen 100 mil millones (250.000F por cabeza), mientras que 20 millones de «perdidos» retienen 30 mil millones (1.500F por cabeza). El número de parados inscrito en la ANPE se eleva a 4 millones y otros 4 millones viven con menos de 3.000F por mes. Una cifra reveladora de la agravación de las condiciones de explotación a lo largo de estos últimos años es la del porcentaje de los asalariados que perciben el salario mínimo que pasa del 2,7% en el 1972 al 8,2% en el 93.

ECHANGES

Restaurar algo la tasa de beneficio

Lo que caracteriza al capitalismo, en adelante, es su baja tasa de beneficio. De tal situación se deriva una morosidad económica que linda el marasmo. Las inversiones son insuficientes ya que la rentabilidad del capital es débil. Entonces los capitales tienden a alejarse de la esfera productiva para convertirse en productos financieros especulativos. A la vez, el paro aumenta, poniendo en peligro la «cohesión social». Restablecer algo la tasa de beneficio para dar a la economía un cierto dinamismo deviene prioritario.

Para llegar a tal resultado, una manera es someter a la fuerza de trabajo a una explotación más intensiva para que genere una parte de plusvalía relativa mayor. Se trata de los famosos «aumentos de productividad». Si observamos la evolución de las ganancias por productividad vemos que desde 1973 han caído: mientras que entre 1960 y 1973 la progresión de las ganancias por productividad era, para el conjunto de los países de la OCDE, del 4,4% de media por año, entre 1973 y 1992 no ha pasado del 1,6%. Así pues no han podido contrarrestar, más que muy parcialmente, la caída de la tasa de beneficio. Las «nuevas tecnologías» no han llegado al lugar previsto. Al contrario, aumentando la importancia del capital fijo en detrimento del capital vivo, han tenido como efecto hacer bajar la tasa de beneficio, no pudiendo las ganancias por productividad compensar esta baja.

El capital tendrá pues que cambiar su táctica: mientras que en los años 80 no dejaba de ensalzar las «modernizaciones» y los «cambios tecnológicos» y las ventajas que procuraban –las

fábricas sin obreros, el trabajo a media jornada, el ocio, la cultura, la formación permanente...—, ahora, poniendo en sordina estas baratijas modernistas, vuelve a un lenguaje más realista, más rudo, más capitalista, «bajar el coste del trabajo».

Es decir, bajar los salarios reales. No sólo el de los trabajadores productores de plusvalía, sino también el de los trabajadores realizadores de la plusvalía cuyas retribuciones hacen disminuir los beneficios a causa del carácter improductivo de su actividad. De aquí las proclamas del FMI y del Banco Mundial: bajar las cargas que pesan sobre las empresas, desreglamentación del salario mínimo, flexibilidad de las remuneraciones y del horario.

El movimiento de los salarios viene regulado por las fases de expansión y de contracción del ejército industrial de reserva, dice Marx. Después de 1974, con la subida del paro masivo, el ejército de reserva ha descrito una fase de expansión espectacular. En esto el paro continúa jugando su papel tradicional de ejército de reserva presionando sobre los salarios efectivos.

Además, este ejército de reserva ejerce su acción a escala mundial, allí donde aún es más favorable al capital a causa de las inmensas reservas humanas que el capital ocupa, comprando la fuerza de trabajo a un precio vil. Se trata de las empresas en el otro rincón del mundo donde encuentran una mano de obra todavía a mejor precio.

(...) Aparece pues un cierto desarreglo entre los países anglosajones, donde los salarios están en regresión (EE.UU., Canadá, Australia, Reino Unido), y los demás países capitalistas, donde los salarios tienen tendencia a estancarse o a continuar subiendo como en Alemania. ¿Cuál de las dos tendencias se impondrá? Como siempre, el capitalismo americano muestra el camino a seguir. Para restablecer la tasa de beneficio es vital en adelante no sólo acabar con el «fordismo» (las ganancias por productividad van, en parte, a los salarios), sino también bajar los salarios. Nos dirigimos pues hacia una pauperización de una cada vez mayor masa de trabajadores.

A partir de finales de los 70 se abre paso en el seno del mundo capitalista un discurso tendente a subrayar que sólo «las fuerzas del mercado» podrán dinamizar la economía. Por tanto se tendrán que abrir fronteras para que pueda establecerse una vasta zona de libre cambio. Es lo que se llama el retorno al liberalismo.

Este retorno fue presentado tanto por sus partidarios como por sus detractores como si se tratara de una opción, juiciosa para los primeros, errónea para los segundos. Pero veremos que no es tal cosa y que se trata de una necesidad para el capital.

Volvamos un poco atrás. Si echamos un vistazo al capitalismo de antes de 1974 vemos que se trata de un capitalismo mitad estatal, funcionando en base a una economía mixta, que un marxista como Mattick definía así: «La economía mixta significa que una fracción de la producción nacional es, ahora como antes, producción de beneficio a cuenta privada, mientras que una fracción de la producción nacional, menor, no da plusvalía». Este capitalismo sale de la crisis del 29. Ésta reveló de una forma dramática la insuficiencia de la demanda. Así, para salir de la crisis y evitar que ésta se reprodujera, los gobiernos llegaron a la conclusión de que tenían que elevar el consumo público, mediante el gasto público: era el Estado el que tenía que activar la demanda. Es lo que se hizo durante los años 30, con la financiación por parte del Estado de las grandes obras, y después del 45, con la ayuda de una serie de pedidos a las empresas privadas: infraestructuras viales, deportivas, hospitalarias...

¿Pero de dónde sacaba el dinero el Estado para sufragar estos pedidos? Básicamente del impuesto sobre los beneficios de las empresas privadas. Así se llegó a la siguiente situación: el Estado, al pasar estos pedidos a las empresas privadas, les restituía una parte de la plusvalía que él les había quitado, pero sin que se tratara de una nueva plusvalía, ya que ésta salía de lo que el Estado les había recaudado en forma de impuestos.

Este funcionamiento mixto del capitalismo sólo es viable si el sector privado saca una cantidad de plusvalía suficiente para financiar el consumo público, lo que implica tener una tasa de beneficio relativamente alta. La caída de ésta, como consecuencia del espectacular aumento de la composición técnica y orgánica del capital, desembocaría en la crisis general del 74, que no fue una crisis de sobreproducción sino de rentabilidad del capital.

La economía mixta era pues puesta en cuestión. Bajo la batuta de la derecha neoliberal o de la izquierda socialdemócrata se emprendió una desactivación del Estado en tanto que agente

económico: privatizaciones, supresión de servicios públicos, a fin de someterlos a criterios de rentabilidad. También en tanto que redistribuidor social el Estado se vio afectado: reducción de las cargas que pesaban sobre las empresas, reducción del «Estado providencia».

Queda claro pues, de qué se trata con este retorno al liberalismo. Se trata de restablecer la tasa de beneficio, dejando en manos del mercado la decisión del precio de la fuerza de trabajo, la eliminación de las empresas públicas deficitarias, y la limitación de los mismos Estados-nación, erigiendo un librecambio mundial en manos de las empresas multinacionales: hoy son 37.000 en todo el mundo empleando directamente 73 millones de asalariados y otros tantos en sus empresas subcontratadas...

C.B., Echanges

Resumen de la reunión del 14 de enero del Círculo Berneri

N: Escribí el texto a petición de los camaradas de Hamburgo, con la intención de ofrecer a los compañeros extranjeros un cuadro de los acontecimientos de diciembre. Releyéndolo ahora, tengo la impresión de no haber sabido explicar lo que constituyó la profunda originalidad de aquel movimiento.

Podríamos partir de lo que viví en el distrito XVIII: asistí a varias AG (Asamblea General) y participé (en tanto que parada, lo que fue muy bien aceptado), en las iniciativas interprofesionales que surgieron en el barrio (...)

El clima de estas reuniones y de los debates era claramente de ruptura con lo que conocíamos hasta el momento por la constatación de que gentes con muy distintos bagajes ideológicos llegaban a intercambiar sus puntos de vista sin necesidad de echarse anatemas (...)

En la actualidad, con un poco de distancia, me planteo otras cosas:

- ¿Va a durar mucho el sentimiento de que, a partir de ahora, se enfrentan dos lógicas irreconciliables: una lógica de los gestores (el poder) y otra lógica de solidaridad (los huelguistas)? ¿Es cierto que no hay espacio para un nuevo compromiso? Los dirigentes, anteponiendo los «imperativos económicos incuestionables» ¿acaso no han tomado como pretexto la competencia internacional para imponer que la clase dominante tome la iniciativa en todos los terrenos? Debe ser verdad en todos lados, pero en Francia, la herencia histórica – arrogancia de la clase dominante, ausencia de fuerzas negociadoras importantes– agrava seguramente el fenómeno. Sin embargo, objetivamente parece que en el mismo marco del capitalismo, hay un amplio lugar para un nuevo compromiso entre clases basado en un reparto algo más equitativo de la riqueza (hay que fijarse, en particular, en el peso de la jerarquización salarial, y en la estructura de los impuestos que hace pagar proporcionalmente más a los más pobres).

- ¿Cual será el impacto del fenómeno del renacimiento del sentimiento de clase, particularmente de la unidad que se ha iniciado entre asalariados «protegidos» y «parados»? Podría suceder que este fenómeno cambie en profundidad las modalidades del enfrentamiento de clases (...)

Maï: (...) Es muy saludable insistir en los límites y ambigüedades. Pude leer un texto en el que se decía que todo esto no era sino una enorme manipulación montada por el gobierno para dorar de nuevo y reforzar los sindicatos y debilitar todavía más la conciencia. Esto es exagerado pero existe un peligro de este tipo. Los sindicatos han dominado en los puestos de trabajo.

Pero la movilización ha sido enorme y ha sorprendido a todo el mundo, incluidos los sindicatos.

Había una enorme diferencia entre lo que sucedía en el trabajo y lo que pasaba en las manis. Es difícil pasar a la acción concreta. Se ha atacado el plan Juppé, pero en ningún momento se ha visto atacar al capitalismo como tal.

No sabía como introducir este tipo de discusión, dado lo encerrado que me parecía todo por los sindicatos y vedada la simple idea de señalar la perspectiva de otra sociedad. (...)

Gu: (...) El plan Juppé ha sido contestado pero ha colado. El sector privado no ha seguido en absoluto.

¿Qué se ha dicho en las AG? No mucho a fin de cuentas, no hay absolutamente ninguna perspectiva. Incluso la idea del reparto del trabajo se ha convertido en una idea Juppé. Es él quien la plantea para, simplemente hablar de otra cosa. Además a la patronal no le interesa.

La lucha me ha parecido crepuscular.

No se ha visto crear algo parecido a las coordinaciones. Se ha dejado que los sindicatos lo hicieran todo (...)

Con lo que ha pasado habrá un giro en la balanza: la gente quiere buscar otra cosa. El paro les acosa. Quieren que la crisis se pare. Quieren ir en otra dirección y no forzosamente atractiva. El nacionalismo autoritario puede tener días buenos. Diciembre de 1995 no me parece representar una apertura hacia algo positivo. Se ha insistido mucho en la importancia del movimiento en «provincias», quizás superior al de la región parisina. Pero esto tiene un inconveniente. En ningún momento se ha convergido hacia París donde se encuentra el centro del poder y donde debería haberse producido el enfrentamiento decisivo. Los movimientos han sido estrictamente defensivos. Parece que no ha pasado nada en los barrios.

La estructura de Francia parece haber cambiado. ¿Estamos aún en una democracia en este país? La V república ha creado una clase dominante separada del resto de la nación, que se encuentra en una especie de círculo cerrado. No hay ninguna relación política entre arriba y abajo. Es sintomático que el mundo político y los media hayan aceptado el plan Juppé con entusiasmo.

Fr: Todo lo que dices se puede interpretar de manera distinta. Hablas de «crepuscular» pero, ¿qué es lo que había antes? Hay que situar este movimiento en el contexto de los veinte años de historia que le preceden. Después de 14 años de mitterranismo, después del derrumbe del estalinismo, después de 15 años de ofensiva a la vez brutal y sutil del capital contra el trabajo para dislocarlo (lo que es tan destructor por lo menos como el paro según ha señalado N.), ha habido un movimiento importante. ¿Podía ser acaso de otra manera que defensivo?

En el contexto de mundialización del capital impuesto por el capital financiero, ver surgir este movimiento ¿debe llevarnos sólo a un juicio negativo? Debemos ver lo que hay de positivo en esta resistencia por parte de un asalariado heterogéneo, ante la destrucción de los puestos de trabajo y de sus estatutos.

(...)

Gu: Me apoyo en lo que veo a mi alrededor.

¿Acaso hay gente nueva para hacer algo nuevo? No, siempre son los mismos los que están. La gente rechaza enérgicamente el modo de organización militante. No están muy dispuestos a realizar una segunda tarea después de la primera. Estarían encantados si existiera una organización capaz de hacerlo todo por ellos (...)

Fr: La burguesía volverá a iniciar sus ataques (...). La burguesía francesa posee una larga tradición de apoyarse en el Estado en torno al que se reconstruyó después de la guerra. También se apoyó en los sindicatos, particularmente en el sindicato estaliniano, capaces de mantener en calma a la clase obrera.

Hoy en día esta clase burguesa se halla incómoda. La prensa de los negocios testifica este malestar. Se encuentra como prisionera entre la presión ejercida por la mundialización y las reacciones de la clase dominada a la que debe imponer un montón de cosas.

Esto se traduce en cosas bastante remarcables de esta huelga. Los 450 diputados de la mayoría no se han atrevido a combatir abiertamente contra ella. Más bien al contrario. Han mostrado una especie de simpatía como recoge *Le Monde*. Esto revela una confusión. Es la imagen de los efectos de estar a caballo entre el aparato del Estado y el capital internacional. Hay contradicciones en el seno mismo de la burguesía que se añaden a las contradicciones entre clase dominante y clase dominada. Muchos burgueses se dieron cuenta de que en todo este asunto van a perder.

(...)

Da.B: Me hallo muy impresionado por el planteamiento de Gu. Es un planteamiento de Estado Mayor que mueve sus unidades de guerra como peones. ¿Acaso podemos fijarnos en este único punto de vista? Sabemos bien que la vida y la historia sociales profundas presentan elementos que escapan a los planteamientos de Estado Mayor. El capital posee ciertamente un proyecto que se halla en la base de su actividad: llegar a un funcionamiento mecánico de la sociedad.

El movimiento que acaba de suceder era completamente inesperado: No tiene nada que ver con lo que se observa en los EE.UU. por ejemplo. Quizás sea el último de los movimientos de su género, pero quizás sea también el primero. Vete a saber. En cualquier caso no puedo calificarlo de crepuscular.

Gu: Todo lo que dices ya lo sé. Pero me queda una pregunta: ¿Qué ha creado la sociedad francesa desde hace 20 años? Nada, a no ser lo que se denomina la élite. Pero socialmente, nada. No se ha podido crear ni un verdadero fascismo.

Jo: Soy tan pesimista como Gu. No había un 100% de huelguistas en la SNCF y muy pocos en los otros sectores.

Se ha hablado de solidaridad con respecto a la gente que se transportaban unos a otros. ¿Pero, de qué solidaridad se trata? ¿Hacer todo lo que se pueda para ir a trabajar, mientras se hubiera podido aprovechar todo esto para pararse?

Yo hice Stop como todo el mundo, pero esto me recordaba algo que había vivido en el 68; la persona que me recoge me pregunta a dónde voy: «A la AG de los estudiantes.- ¡Ah!, Tú no vas a trabajar: ¡baja!».

Se ha hablado, hablado, hablado mucho, pero ¿de qué?. De nada. Esto ha quedado en mi interior. ¿Dónde está la conciencia? Quizás ha habido un poco en este movimiento, pero, ¿dónde está a nivel mundial? Si hacen falta más de 150 años para verla aparecer.

(...)

Gé: El corte entre la élite y la masa del que tanto se ha hablado y que Gu. retoma, no es nuevo en Francia. Es posible que se recurra a soluciones nacionales autoritarias y brutales. Es posible que no suceda otra cosa, pero ¿es nuestro problema?

¿Acaso no deberíamos trazar algunas perspectivas? Por ejemplo esa del reparto de la riqueza. Pero debemos prever que hay una concepción concreta del hombre entre los nacionalistas y los liberales, cosa que no se da mucho entre los revolucionarios. Desconfiamos de ello como si se tratara del resurgir del espiritualismo, pero ¿acaso no se necesita? ¿no se necesita un ideal, además de la pura lógica de producción/consumo?

Br: Reparto de las riquezas, reparto del trabajo. Este tipo de reivindicaciones manifestadas en algunas octavillas me molesta. ¿Es esto lo que debemos defender los libertarios? Me parece muy distinto de la toma y de la apropiación de las riquezas y de las cosas.

N: Creo que este tipo de exigencias apenas es susceptible de recuperación reformista. Además se apoya en un fuerte sentimiento de desigualdad social.

Gi: Esta reivindicación plantea un problema que va más allá del plan Juppé. Detrás de esto se halla la capacidad de la gente para reflexionar y cambiar: esto es lo que distingue un verdadero movimiento de algo burocrático. Es lo que hemos constatado en muchos casos. Hay

muchos bloqueos que saltan, ideas que evolucionan. Durante las manifestaciones se instaló una especie de diálogo a distancia entre los huelguistas y el gobierno por mediación de los eslóganes y pancartas cada vez que había la declaración de un ministro, de la patronal o de los intelectuales que aparecían en los media. (...)

Los media han tenido poco impacto. Se les ha percibido inmediatamente como mentirosos profesionales. Esto ha tenido mucha importancia, en esto se ha roto algo. La comparación con los estudiantes del 68 es reveladora: en aquella época se miraban en los media como en un espejo, en diciembre esto no existía (...)

Esto me recuerda una reflexión de Barrington Moore Jr. sobre que un movimiento social no se dispara simplemente porque existe una situación social inaguantable, sino que hace falta además que esta situación sea vivida por la población con un profundo sentimiento de injusticia.

Este sentimiento está presente y es por esto que el movimiento no va a pararse aquí (...)

Br: Además existe una gran inquietud de la gente ante el día de mañana. (...)

Gu: Quisiera hacer una pequeña reflexión. Marx ha dicho: no se trata de comprender el mundo sino de transformarlo. Esta advertencia se ha convertido en el eslogan de los tecnócratas.

Llegar a este movimiento con las consignas revolucionarias, es ir al encuentro de un chasco. La gente desconfía, y con razón, de este tipo de discursos. Los puntos de vista reformistas concretos son mucho más eficaces. El radicalismo separado no quiere decir nada. Hay que ser consecuente.

Tomemos, por ejemplo, el reparto de la riqueza. Quiero insistir sobre el aspecto negativo de esta reivindicación ya que podría desembocar en una manipulación. Lo mismo con el sentimiento de justicia.

Y más aún con el reparto del trabajo. Es un objetivo positivo. ¡Veamos!

¿Repartir con quien? ¿Con los inmigrantes? ¿Con los de aquí? ¿Con los que puedan venir? Se puede ver que esta consigna puede desembocar en el racismo o el nacionalismo.

Hay que encontrar temas concretos. Nada de lanzar grandes construcciones. La experiencia histórica está ahí para disuadirnos. Yo no quiero partir más de ideas abstractas.

Lo que más me trastoca es que tengo la impresión de que ciertos temas pueden tener efectos variables y opuestos.

(...)

Dj: Quisiera hacer algunas consideraciones algo disparatadas.

Gu. ha hablado de movimiento crepuscular, esto hace pensar en el Gran Atardecer pero yo más bien pienso en el Gran Vacío.

Igualmente no se ha hablado contra el capitalismo y se han señalado los eslóganes de los estudiantes.

N. utiliza el concepto de clase dominante o dirigente, pero, ¿es el adecuado? Igualmente un ministro ha señalado que no se puede gobernar contra su propia administración: ¿no es esto un triunfo de la democracia?

Todos queremos integrarnos en la sociedad de consumo y nadie cuestiona la existencia del sistema.

Algunos, sin embargo han hablado de economía distributiva.

De hecho estamos viviendo desde hace dos siglos un profundo cambio que va acelerándose cada vez más. Se llega a una situación de «No Futuro», una total ausencia de perspectivas.

Parece que se haya probado todo: la dictadura del proletariado, la autogestión, etc., etc.: nada ha funcionado.

En cuanto a las consignas: el reparto de las riquezas y el del trabajo me parecen interesantes. Pero también podríamos adelantar la reivindicación de una renta de existencia, de una subvención universal, una especie de derecho de cada uno a beneficiarse del progreso (ya sé que esto lo rechazan muchos de los de aquí pero ¿qué importa?).

Podríamos hablar también del servicio social y de la moneda. (...)

Fr: De todos modos, este movimiento tendrá repercusiones en toda Europa. No hay que olvidar que el crecimiento será inferior al 1%, lo mismo para Japón. Para EE.UU., será sin duda del 2%, pero este crecimiento superior reposa sobre el pillaje de los 3/4 del tercer mundo. Esta es la situación a la que hay que hacer frente.

Las consignas del movimiento que pudieran lanzarse podrían parecer la expresión de reflejos defensivos. La burguesía no podrá casi servirse de ellas contra la clase obrera. Es necesario que trabajemos sobre esas consignas.

Yo desfilé bajo las pancartas hechas por otros. Si hubiera hecho mi propia pancarta habría escrito: nosotros decidimos.

Hay que ver el proceso en su conjunto. Yo he visto expresarse la idea de que hay que reapropiarse de la democracia. Es una idea muy fuerte en el contexto francés. ♦

Correspondencia

DESDE ARGENTINA

ARGENTINA A LA DERIVA Y SIN SALVAVIDAS

La situación actual de la Argentina, es la de un país latinoamericano en el cual rigen sin restricciones las pautas del capitalismo neoliberal con un modelo de exclusión social creciente.

Siendo un territorio de casi 4.000.000 de km² con una población de algo más de 30.000.000 de habitantes la desigual e injusta distribución de la riqueza lleva a que con frecuencia en ciudades y provincias el paisaje se asemeje al de regiones africanas carentes del potencial agrícola que si existe en la mayor parte de estas tierras.

Mientras la élite dominante goza a sus anchas del sistema de privilegios, la mayoría va atravesando aceleradamente las líneas de la pobreza. Esto queda a las claras si se analiza con detenimiento la aparición de los llamados «nuevos pobres», es decir sectores de población que en el pasado reciente formaban parte del sistema administrativo estatal de servicios públicos (en razón del plan de privatizaciones exigido por el FMI/BM y aplicado a rajatabla por el gobierno peronista de Menem). La consecuente expulsión de empleados estatales agregada al quebranto de numerosas empresas pequeñas y medianas sobre todo de la industria metalúrgica, tornan la cifra de desocupados en aumento y al presente se puede afirmar que un 30 % de la población activa está desocupada o con empleos marginales.

La precarización de las condiciones de trabajo impuesta desde el gobierno con la complicidad de la burocracia sindical peronista (al igual que Menem) significa retrotraer la situación laboral a comienzos del siglo XX, no se respeta la jornada de 8 hs., ni el descanso semanal, etc... Conquistas que le costaron al proletariado huelgas, sangre y lucha de décadas.

El sindicalismo peronista se alió al gobierno y se volvieron empresarios. Los burócratas sindicales que en algunos casos detentan sus cargos hace más de 30 años y que aparecieron como serviles al Gral. Perón creando sindicatos paralelos a las organizaciones obreras anarquistas, socialistas y comunistas de hace medio siglo, son hoy accionistas de las empresas de servicios públicos privatizadas, diputados y senadores nacionales con salarios equivalentes a diez veces el de un trabajador medio. Administran el sistema de Obras Sociales. En síntesis, son verdaderos gánsters al servicio de los capitalistas, la iglesia católica y el gobierno.

Argentina el lugar de festín de las empresas multinacionales, los cárteles del narcotráfico que la usan de lavandería.

Los dilectos amigos del presidente son traficantes de armas a zonas en las que las tropas del ejército argentino cumple «misiones de paz» de la ONU, por ejemplo Croacia.

En las diversas provincias los empleados del Estado llevan más de tres meses sin cobrar sus salarios y ante sus reclamos callejeros son reprimidos ferozmente, mientras el gobierno central extorsiona a los gobernadores para que privaticen los servicios públicos aún no entregados a los socios de la mafia en el poder.

La iglesia católica como siempre juega a dos puntas, mientras la jerarquía del clero hace discursos frente a la insensibilidad gubernamental, algunos sacerdotes acompañan las protestas populares. La oposición partidaria lanza críticas pero avala con su pasividad el plan expoliador.

Los políticos argentinos en su mayoría sólo piensan en encumbrarse y pactan con quien sea con tal de no quedar fuera del juego.

Alguna vez el sicópata que ejerce la primera magistratura de este país, afirmó que su gestión de gobierno era «un vuelo sin paracaídas», pensamos que además este es un barco a la deriva sin salvavidas. Sólo resta luchar, resistir y organizar alternativas populares de Autogestión contra el capitalismo.

Matías, Rosario, enero 1996

DESDE ZARAGOZA AMIGOS DE ETCÉTERA:

El análisis que hacéis de la llamada Transición Democrática en el nº 25 de vuestra publicación supera con mucho, en consistencia lógica y alcance explicativo, a los diferentes estudios que sobre el tema se han realizado.

Hasta el momento casi todas las interpretaciones sobre este reciente periodo histórico han sido dictadas desde la autocomplacencia y la más absoluta parcialidad. Dentro de este tipo de «análisis» incluimos no sólo las fantasías de los apologistas del régimen presente, sino también, lo que ha de resultar más penoso, las versiones desarrolladas desde los ámbitos «izquierdistas».

Siempre ha resultado sorprendente la superficialidad con que sectores que se reclaman partidarios del materialismo histórico o de un racionalismo crítico han simplificado un proceso histórico complejo. Inexplicablemente todo el devenir de este proceso, tan favorable a las clases dominantes pasadas y presentes, se ha explicado en términos de confabulaciones y traiciones de burocracias políticas y sindicales, contrapuestas a una clase obrera al parecer siempre poseedora de las mayores virtudes revolucionarias. Siempre queda en la más completa oscuridad el sinsentido lógico de que una clase trabajadora tan avanzada se haya dejado traicionar con tanta facilidad y complacencia.

Quienes todavía propagan estas concepciones conspirativas y elitistas de la historia, muestran un completo apartamiento de lo que debe ser un análisis ecuánime y, en lo posible imparcial, de unos procesos sociales que son algo más que un mero «juego de élites».

Enlazando con lo anterior cabe decir que una de las prioridades del momento es laborar en la eliminación de mitologías demasiado arraigadas en quienes dicen mostrarse contrarios al orden esclavista vigente. Vuestro trabajo en Etcétera contribuye positivamente al desengaño de ingenuos y a la ilustración de analfabetos políticos, que desgraciadamente forman legión en estas latitudes. Resulta en verdad penosa la lectura de las publicaciones «izquierdistas», tanto las de matriz «marxista» como las inspiradas por el anarquismo o el anarcosindicalismo. Quien busque en ellas el análisis estimulante o la aplicación de los métodos de la ciencia social avanzada, topará inevitablemente con la comodidad de lo rutinario, las «teorías» auto-satisfactorias, la pura inercia de la adoración de diversos ídolos o fetiches, a saber, una clase obrera idealizada según el gusto y capricho del ideólogo, valoraciones históricas «a la carta» y prognosis del futuro que se debaten entre un pesimismo masoquista y un optimismo auto-euforizante. ¿Tan difícil es intentar un análisis de raíz marxista, con las adecuadas dosis de cautela, sutileza y escepticismo? La trayectoria de Etcétera nos muestra que dicho análisis es factible y considerablemente operativo.

Salud,

José Antonio, 4 de diciembre de 1995

DESDE VILLA BARACOA

No somos nada

No sabemos quiénes somos, no nos conocemos. No sabemos dónde estamos, cuántos somos ni lo que hacemos; de dónde venimos ni hacia dónde vamos. Más aún: no queremos saberlo, porque cuando algo se sabe (se define) estamos matando todas las posibilidades que quedan fuera, todos los caminos desconocidos.

No quisimos nacer. Nos resistimos lo que pudimos a comer, a vestimos, a caminar, a hablar. No quisimos ir a la escuela, al ejército, a la iglesia, a las fiestas de cumpleaños y a las cenas de Nochebuena. No quisimos fotografías, carnets, documentos, títulos, constar en Archivos y Listados... No pudimos impedirlo.

No tenemos Proyectos, Planes, Previsiones. No nos hemos propuesto ningún fin, ninguna Meta. No nos hemos trazado Objetivos: no queremos pensar en el Futuro, porque el Futuro con mayúsculas es el que nos traizan, el que está escrito, sabido y cumplido desde siempre y para siempre.

No queremos comer la bazofia de los hipermercados (la única alimentación posible); no queremos tener coche (el único medio posible de transporte); ni televisión (único medio de comunicación), ni lavavajillas, ni secadora automática, ni ordenador, ni abrelatas eléctrico, ni horno microondas, ni ningún otro siniestro Artefacto Civilizado. No queremos avanzar, mejorar, progresar...

No buscamos Protección, Gestión perfecta, Uniformidad, Garantía de Futuro, Planteamientos claros, Intervención, Organización. No buscamos exactitud, ni siquiera aproximación. Más aún: no buscamos.

No queremos Increíbles Ofertas, Fabulosas Rebajas, Considerables Descuentos, Facilidades de Pago, Bajo Interés, Hipotecas Eternas, Sumisión Fiscal, Contabilidad generalizada, Tasación dineraria universal.

No necesitamos respuestas acertadas, coherencia, sistemas lógicos, lenguajes matemáticos, circuitos cerrados, demostraciones científicas, claridad conceptual, Previsión, Dominio.

No queremos Educadores, Sanadores, Vigilantes, Legisladores, Ejecutores, Protectores, Salvadores, Representantes...

No hablamos un mismo lenguaje, no nos une ninguna pretensión localista, regionalista, nacionalista, ni siquiera universalista. No sabemos lo que nos une: no tenemos Patria, Bandera ni Lengua; no tenemos Himno, Rituales de Diplomacia o Destrucción; no tenemos Ceremonias.

No respetamos las Ideas ajenas, más bien creemos (con Bachelard) que «pensar es siempre pensar en contra». Construir, Proyectar, Proponer, es fácil; lo difícil es destruir, aniquilar, interrogar.

No entendemos nada de lo que sucede a nuestro alrededor: las Transacciones dinerarias, la muerte de los árboles, el encierro de los niños, la guerra química declarada por los Vigilantes Sanitarios a nuestros cuerpos exhaustos, el Caos del Orden civilizado, la tragedia del Progreso avasallador, el patetismo de los que dicen creer en la Solidaridad y en la Caridad utilizando para sus fines a pobres pueblos diezmados, el cínico aplastamiento, por doquier, de la vida y de los sentimientos... la sumisión absoluta a consignas lanzadas a los «Medios de Formación de Masas» por Mercaderes sin rostro.

No aceptaremos el Terror: nuestra vida, nuestra enfermedad y nuestra muerte no serán nunca objeto de manipulación, de compraventa de coartadas para la dejación, de monopolio para Terapeutas sin corazón al servicio de Multinacionales químicas, de campo de experimentación para el Progreso robotizado y su ejército de aspirantes al Premio Nóbel de Ciencias Inhumanas.

No sabemos Nada, no queremos Nada, no buscamos Nada, no necesitamos Nada, no entendemos Nada. No somos Nada. Más aún: no queremos serlo.

Jesús, verano, 1995

DESDE ZARAGOZA

Os envió un breve texto relativo a las huelgas que se han desencadenado en Francia durante el mes de diciembre. Ignoro si puede tener alguna utilidad.

Conclusiones provisionales referentes al movimiento huelguista en Francia

En relación a las huelgas acaecidas en Francia recientemente, me gustaría señalar en primer lugar que todo el proceso, desde su inicio hasta su disolución, ha transcurrido de un modo totalmente previsible, habiendo desempeñado todos los agentes sociales el rol asignado a cada uno por el sistema burocrático-mercantil.

No pretendo practicar un innecesario cinismo sino simplemente extraer de los hechos una serie de conclusiones que, aunque desagradables, puedan reportar a la clase trabajadora alguna utilidad. Sería necesario un mayor maquiavelismo en el análisis de las luchas sociales, por lo menos para compensar esta suerte de «peste emocional»

en que consiste el super-conformista democratismo de buenos sentimientos y nula inteligencia, heredero directo del necio cristianismo.

En primer término, si realmente se desea arrancar concesiones, en la presente situación, a la clase dominante (indescifrable conglomerado de burocracia estatal y empresariado privado), es necesario ser consciente de una serie de hechos:

1) La competencia entre los diversos bloques económicos se intensifica de un modo extraordinario.

2) Los márgenes de maniobra de cada «capital nacional» (si todavía tiene algún sentido dicha expresión) son cada vez más estrechos. Se impone la prioridad absoluta de reducir el déficit público y la inflación, moderar los impuestos y los tipos de interés. Se trata, en efecto, de una decisión estratégica de primer orden que la burguesía está dispuesta a llevar adelante a todo trance: es una cuestión de supervivencia.

3) Una huelga general, por muy extensa que sea, difícilmente puede obtener resultados tangibles, en las circunstancias presentes, si desde el principio sus protagonistas dejan claro que en ningún momento pretenden cuestionar la legitimidad de los poderes constituidos, aceptando en consecuencia que la última palabra corresponde al gobierno legalmente elegido.

4) Lo único que el gobierno debe afrontar, en ausencia de riesgo real de pérdida del poder, son las pérdidas económicas derivadas de tres o cuatro semanas de paro laboral en determinados sectores (es improbable que una huelga «legalista» se extienda más allá del plazo indicado). Estas pérdidas pueden ser astronómicas: en realidad constituyen una inversión estratégica inevitable cuya rentabilidad global puede ser muy elevada para el capital si tras la tempestad social se restaura la calma.

5) Están descontadas desde el principio las posibles concesiones formales que puedan realizarse: moderación de los propósitos expuestos inicialmente, algo más draconianos que los verdaderos propósitos a llevar a la práctica; novedosa creación de un sistema institucional de negociación continua y seguimiento de las reformas estructurales a realizar; recurso posible a un referéndum para consultar al «pueblo» sobre la idoneidad de las reformas. Esta última «concesión» tiene algo de genialidad pues es un regalo envenenado que sus víctimas toman con entusiasmo... entusiasmo que se esfuma al comprobar los resultados del mismo, normalmente favorables al poder constituido.

6) Es aparentemente paradójico, pero el gobierno y sus aliados pueden salir reforzados de la crisis, pues sus oponentes han desvelado su intrínseca debilidad: la aceptación, en última instancia, del poder de la clase dominante y sus representantes políticos. Desde el mismo instante en que la clase obrera renuncia a su autonomía puede afirmarse que lo ha perdido todo.

7) La clases dominante, la burguesía o como demonios quiera denominarse, aunque completamente irracional en sus fines últimos, domina como nadie los recursos que le proporciona la moderna ciencia social para el diseño de técnicas y estrategias.

Por el contrario, la clase trabajadora se mueve por impulsos y reacciones emocionales, dejando en gran medida al azar el éxito o el fracaso de sus acciones. Pero el azar únicamente ejerce su imperio en el juego, mientras que en los procesos sociales rige un profundo determinismo que es necesario conocer para extraer consecuencias prácticas y no estar siempre abocado a fracasos ridículos.

8) Si la clase trabajadora desea mejorar sus condiciones de vida y de trabajo, a saber, incrementar salarios reales, pensiones, prestaciones sociales, disminuir los ritmos agobiantes y la creciente siniestralidad... debe hacer oscilar sobre las cabezas de propietarios y burócratas la espada de Damocles de una ruptura total con el orden capitalista.

Si tras el 68 se arrancaron a la burguesía francesa algunas concesiones a corto plazo, fue sobre todo porque ésta se encontraba aterrorizada. Y no precisamente por la existencia de actos de barbarie terrorista, que siempre juegan a favor de quienes gestionan el cuasi-monopolio estatal de la violencia y la generación de miedo, sino por la inquietante imagen de un proletariado que estaba a punto de no aceptar en absoluto a sus dominadores.

9) Sería deshonesto ocultar que todas las ventajas que puedan obtenerse dentro del capitalismo son a corto plazo, susceptibles de volatilizarse tras nuevas ofensivas de las élites capitalistas. Tampoco podemos dejar de señalar que ninguna clase dominante puede soportar indefinidamente una espada de Damocles que amenace su existencia. Llegado el momento la clase trabajadora se vería obligada a elegir entre la completa esclavitud o su

definitiva liberación en un régimen comunista de producción y distribución. Para alcanzar la segunda opción sería necesario hacer caer la espada.

10) Sin aspirar a proclamar absolutas verdades científicas y mucho menos aventuradas predicciones, la simple observación y análisis de hechos pasados y presentes nos conducen a estas conclusiones, que deben considerarse como hipótesis que en nuestra opinión encajan de un modo óptimo con el conjunto de datos conocidos.

11) La clase trabajadora es muy libre de actuar del modo que estime más conveniente, pero no tiene derecho a ignorar una serie de hechos que sus amos conocen perfectamente. Estos conocimientos deben ser del dominio público y no permanecer ocultos en los laboratorios de esotéricas élites.

12) Sería ocioso y carente de todo rigor hacer llamamientos a la revolución social. De momento lo fundamental es que la clase trabajadora no se engañe y mueva sus piezas conociendo las más elementales reglas de la guerra social.

José Antonio, 30 diciembre 1995

Hemos recibido...

RELATION de L'EMPOISONNEMENT PERPÉTRÉ EN ESPAGNE et camouflé sous le nom de SYNDROME DE L'HUILE TOXIQUE. Jacques Philipponneau. París, 1994. Éditions de l'Encyclopédie des Nuisances.

A través de la explicación del montaje que supuso camuflar bajo el nombre de «síndrome del aceite tóxico» el envenenamiento perpetrado en España con un resultado de casi mil muertos entre abril del 81 y principios del 82, se avanza hacia la explicación de algunas de las características claves del funcionamiento de la sociedad actual pródiga de nuevas enfermedades catalogadas como síndromes.

Queda claro a lo largo del libro que el «síndrome del aceite tóxico» no resistía la menor prueba como algunos médicos y analistas probaron suficientemente, llegando a establecer el verdadero causante del envenenamiento: los pesticidas organofosforados producidos por la firma alemana Bayer.

Pero la verdad oficial tenía otras razones políticas para mantener el señuelo del aceite de colza desnaturalizado para fines industriales y vendido por comerciantes poco escrupulosos: presentaba más ventajas, procurando unos culpables más cómodos que la Bayer, aunque con tal proceder, impidiendo un diagnóstico correcto, condenaba a las víctimas a la enfermedad y a la muerte.

Como decíamos, a partir de aquí el libro avanza elementos de comprensión de la sociedad actual que explican la aparición de otros síndromes: la conversión de la salud en una industria; la fusión a gran escala de la ciencia, la industria y el Estado; el papel del Estado al privar a la verdad de su uso; el secreto que acompaña a la industria nuclear sin ningún control; la desinformación mediática; la aparición de un nuevo tipo de científico: el experto, que manipulará la percepción y disimulará las causas. En definitiva se trata de camuflar la totalidad de las condiciones de vida patógenas impuestas hoy a cada uno de nosotros, que ya empezamos a sufrir masivamente el efecto del envenenamiento químico-nuclear del planeta.

OTTO GROSS. REVOLUTION SUR LE DIVAN. SOLIN, 1988.

«Una noche se abandonó, arrastrándose por una callejuela y quedó tirado en el suelo. Lo encontraron dos días más tarde... Murió al día siguiente. Así es como explotó y se extinguió la estrella de un gran adversario del orden social». De esta manera narra Franz Jung en su autobiografía¹ la muerte de su amigo Otto Gross, en Berlín, en 1920. La selección de textos de Gross que edita SOLIN, traducidos al francés por Jeanne Etoré y con prefacio de Jacques Le Rider, nos da la ocasión de acceder a la lectura de un personaje maldito, estrechamente ligado a los círculos literarios y revolucionarios centroeuropeos de antes y después de la primera guerra mundial, momento crucial del movimiento de ideas y de hechos sociales, desde el expresionismo, dadaísmo, círculos anarquistas..., hasta la revolución de los consejos.

Otto Gross había nacido en Estiria, en 1877, hijo de un eminente criminólogo burgués de Graz que le encaminó hacia la psiquiatría. Gross sobresalió pronto en los medios psicoanalíticos de Viena y Zurich. C.G. Jung lo había cogido en análisis después de una cura de desintoxicación de cocaína y opio en Burghölzli, en 1902. En el congreso psicoanalista de Salzburg, en 1908, Gross defendió la tesis heterodoxa que situaba el origen de las enfermedades psíquicas no en la esencia misma de la sexualidad sino en su relación con la sociedad: la etiología de las neurosis pasa por la comprensión de la interacción conflictiva entre individuo y sociedad.

Instalado en Munich a partir de 1906, frecuenta los círculos artísticos y políticos de Schwabing, el barrio latino muniqués, y pronto formará parte del grupo anarquista de Monte Verità, en Ascona, con Mühsam, Landauer... Ascona era un reducto de ideas y experiencias anarquistas y alternativas, entre la revuelta y la marginalidad. Según afirma Eric Mühsam,² Gross fue una de las figuras clave del primer período de Ascona. Allí desarrolló sus ideas de llevar el psicoanálisis a reconocer el peso del condicionamiento social en la experiencia psíquica, concibiendo su trabajo de psicoanalista en el empeño de un cambio revolucionario de la sociedad. Desarrolló su crítica al patriarcado, inaugurado con la violación y basado en la vinculación jurídica de los individuos bajo el poder y la autoridad, y abogó por la vuelta al matriarcado comunitario, basado en la solidaridad entre los individuos. Criticó la familia y la monogamia (y su forma más patológica, la poligamia), iniciando formas de vida sexual libre.

Perseguido por su padre, que logrará internarlo varias veces, lleva una vida militante hasta que se establece en Berlín, donde entra en relación con Franz Pfemfert y el núcleo de la revista expresionista revolucionaria *Die Aktion*. Vive en casa de Franz Jung, donde es detenido en 1913, por la policía prusiana acusado de anarquista y es expulsado a Austria, donde, a instancias de su padre, es internado en un manicomio de Viena. Gracias a una extensa campaña de solidaridad entre los intelectuales más radicales de Europa, conseguirá la libertad. Durante la guerra se moviliza como médico en distintos frentes. Después lleva una vida errante y miserable junto sólo con la soledad y la droga. En estas condiciones muere en Berlín, en 1920, según la descripción que hemos anotado de Franz Jung.

Con todo durante estos años logra publicar la mayoría de sus trabajos. En *Die Aktion* publica, en 1913, el manifiesto *Como superar la crisis cultural*, réplica a Gustav Landauer sobre la importancia revolucionaria del psicoanálisis. Para Gross, la revolución, apoyándose en la psicología del inconsciente puede contemplar la relación entre sexos bajo un plano más libre y feliz: lucha contra la violación, en su forma más original, contra el padre y contra el derecho patriarcal, para restablecer el derecho matriarcal. En 1919, en *La concepción fundamentalmente comunista de la simbología del paraíso*, desarrolla su análisis de la institución patriarcal, que pone el acento sobre la unión legal entre los individuos, y del sistema matriarcal que reparte derechos y deberes, responsabilidades y obligaciones entre individuos por un lado, y la sociedad por otro. El matriarcado, que la revolución comunista deberá restaurar, no conoce ni el poder ni la sumisión, ni la autoridad, ni el matrimonio, ni la prostitución.

En 1914, publica en la revista *Zentralblatt*, inspirándose en Sabina Spielrein,³ la amiga de Freud y de Jung (que la tuvo en análisis), que había empezado a hablar de la oposición entre el yo y la sexualidad, y a considerar que la naturaleza instintiva del hombre se divide entre la pulsión de autoconservación y la pulsión de conservación de la especie, *Lo simbólico de la*

destrucción. En la familia el niño no tiene otra opción que quedarse solo o adaptarse; así su voluntad de conservación se transforma en voluntad de poder del yo adaptado a la sociedad. Los dos componentes del instinto de conservación, no querer ser violado/no querer violar, entran en contradicción, resultando un conflicto interior entre la voluntad de poder (sadismo) y el abandono de sí (masoquismo) que explica lo simbólico de la destrucción ligada a la sexualidad. Este conflicto interior es el resultado del prejuicio social sobre la superioridad de lo masculino, del orden familiar patriarcal. En *Tres estudios sobre el conflicto interior*, de 1920, Gross desarrolla extensamente esta interpretación

La presente edición de SOLIN que comentamos incluye estos artículos junto a otros escritos entre 1909 y 1920.

1. Ver en ETCETERA nº 22 la presentación del libro de Franz Jung.
2. Erich Mühsam. Ascona. Locarno, 1905; Berlin, 1976.
3. Sabina Spielrein, casi ignorada, fue una de las grandes pioneras del psicoanálisis. Nacida en Rusia, fue fusilada con sus dos hijos en 1944, en Rostov.

A mediados del año pasado se inició en la RFA una fuerte oleada de represión. El 13.6.95 la policía procedió al registro, en el mayor de los sigilos, de más de 60 viviendas, empresas y centros sociales al mismo tiempo en diez ciudades. Unidades especiales de la policía, enmascaradas y fuertemente armadas, tiraron abajo –a las seis de la mañana– puertas de proyectos y viviendas de personas vinculadas a la izquierda radical (...)

33 de los 55 sumarios en relación directa con el 13 de junio se dirigen contra supuestos miembros y colaboradores de la revista **radikal** (...)

La revista **radikal** existe hace veinte años y es casi la única revista de la izquierda radical que ha logrado tener continuidad desde los años setenta. Muchos otros proyectos de publicaciones tuvieron que abandonar por culpa de la represión.

radikal aparece por primera vez en 1976, en Berlín occidental, como revista mensual y desde un principio despertaría el interés de la fiscalía.

En 1984, dos miembros de la redacción se libraron de ir a la cárcel por dos años y medio gracias exclusivamente a que habían sido elegidos para el Parlamento Europeo dentro de las listas de Los Verdes, por aquel entonces solidarios, y que pudieron acogerse a la inmunidad parlamentaria.

En vista de las duras condiciones, a partir de ese momento **radikal** será editada de manera clandestina para toda Alemania, con una dirección de contacto en el extranjero. En 1986 se procedió a atacar de manera expresa la distribución de la misma, se abrieron 192 procedimientos contra librerías, centros de izquierdas y vendedores individuales con el resultado de abultadas multas y condenas de prisión.

Los artículos que salen a la luz en **radikal** abordan las temáticas más variadas, recogen sin ningún tipo de censura las discusiones que se dan dentro de los círculos autónomos, antiimperialistas y feministas. Los textos sobre sexismo aparecen junto a informaciones sobre el Kurdistán y Chiapas, se publican tanto comunicados de la RFA, la «Rote Zora» (Zora la Roja), las Células Revolucionarias como instrucciones para realizar sabotajes.

Casi todos los números de la revista sufrieron persecución del parágrafo 129a debido a esa mezcla de artículos que no se deja doblegar a la lógica estatal de lo «legal» y lo «ilegal».

El sumario abierto contra **radikal** el 13 de junio, que hace el número 150 (!), sin embargo, contempla un aspecto nuevo esencial: se presenta a **radikal** como una organización criminal con entidad propia que apoya a organizaciones terroristas. Esto significa que el solo hecho de editar y distribuir la revista puede, a partir de ahora conllevar largas condenas de cárcel...

¡Pero esta persecución feroz no ha sido suficiente para parar la revista!

En noviembre de 1995 apareció, según el procedimiento habitual, la nueva edición de **radikal**, fiel al viejo lema: «¡Para enseñar los dientes hay que abrir la boca!».

*(Extraído del casete editado en solidaridad con **radikal** por Capità Swing y el Local)*

MAXIMILIEN RUBEL. 1905-1996

Al finalizar Febrero, amigos de París nos comunicaban la muerte de Maxime. Estaba trabajando en el quinto volumen de las ediciones de Marx en la Pléiade, el segundo volumen de «Politique» con el que acabaría aquella edición en cinco volúmenes, dos de «Economie», uno de «Philosophie» y dos de «Politique»: elección y traducción de textos, notas, noticias, introducciones, y una exhausta bio-bibliografía, que aquí Anagrama editó por los años 70. Durante 50 años Rubel no había faltado a su cita diaria: su trabajo cotidiano para llevar a cabo dicha edición. Gracias a ello hoy tenemos un texto donde leer a Karl Marx.

Entre nosotros, en ETCÉTERA, la relación con Rubel fue pronta e intensa. Empezó en 1978, con una correspondencia en vistas a editar algunos textos de Marx, aquí casi desconocidos y no traducidos, y siguió con el encuentro, la amistad, el intercambio. Le debemos una lectura de Marx. Una lectura más allá del corsé marxista-leninista dominante en nuestro entorno, y más allá también del corsé estatal-autoritario al que otra ortodoxia, la anarquista, lo había reducido.

Nos permitió leer a Marx, un personaje más complejo, lector apasionado y exhaustivo, pensador de un modo de producción y de civilización aún hoy vigentes, cuyos trazos mayores entendió. Y pudimos leer y entender a un Marx crítico del Capital y del Estado, a un Marx anarquista, a un Marx crítico del marxismo (precisamente la negación de la causa emancipatoria por la que él vivió y combatió, convertido en la ideología del socialismo realmente inexistente), a un Marx crítico de cualquier ideología, de cualquier dogma, aunque pronto fuera convertido por sus epígonos en fundador de una nueva creencia.

Leer a un Marx no fabricante de recetas sino cuestionador de la realidad imperante; analista riguroso y militante, inseparables crítica y ética; inseparables el Marx joven (el de los *Manuscritos económicos filosóficos...*) del viejo Marx de *El Capital*: los *Grundrisse* (conocidos muy tardíamente, como gran parte de su obra) marcan la continuidad. El Plan de su obra, las seis rúbricas programadas, de las que *El Capital* es sólo una y en su centro está el Estado, es sólo el itinerario crítico por el que pasa su compromiso ético, revolucionario, aprendido de los comunistas Moses Hess, Weitling, Flora Tristan...

Maximilien Rubel nace en Czernowitz, ciudad austro-húngara, rumana a partir de 1918, y hoy ucraniana. Llega a París en 1931, y es durante la ocupación alemana que se traza su dedicación a la obra de Marx (marxología, que él acuñará): un grupo de jóvenes marxistas y anarquistas

intentaba distribuir octavillas en alemán entre las tropas de ocupación, Rubel escribe, en su lengua materna, una que sin nombrar a Marx ni al socialismo llama a la insumisión de los soldados alemanes, criticando el nazismo y el imperialismo. Este hecho marcó su dedicación al crítico-revolucionario Karl Marx, dentro de la tradición heterodoxa y libertaria (correspondencia con Mattick, Pannekoek, Korsh...).

A partir de Marx, Rubel continuó pensando y criticando la sociedad actual en su forma capitalista occidental o en sus formaciones capitalistas del Este: Crítica del totalitarismo, desmitificación de la Revolución de Octubre y de la sociedad por ella inaugurada hasta su transformación actual después de la Perestroika. Continuó trazando la etiología de la alienación de los individuos bajo el dominio del capital y del Estado, señalando la paranoia político militar de los actuales hombres de Estado, denunciando la carrera armamentista y la destrucción nuclear del planeta.

El grueso de la obra de Rubel, realizada a lo largo de 50 años, se concreta en la edición de la *Plèiade*, antes mencionada; en la revista «*Etudes de Marxologie*» que empieza en 1959 y donde edita los textos de Marx inéditos y contribuye al estudio de la génesis del marxismo; y en numerosos artículos, colaboraciones y libros, entre los que subrayamos *Marx critique du marxisme* (Payot, 1974), *Pages de Karl Marx pour une éthique socialiste* (Payot, 1970), y en castellano: *Marx anarquista* y *El Estado visto por Karl Marx* (Etcétera, 1977), *Karl Marx, ensayo de biografía intelectual* (Anagrama, 1975), y *Stalin* (Πλαζα Θανάσ, 1989). ♦